

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson



COLECCIÓN BIBLIOTECA NUEVA DE AVENTURAS

Dirigida por
José Ramón Díaz Gijón

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *La llamada de la selva*, de Jack London
- 2 *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson
- 3 *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne
- 4 *El último mohicano*, de James Fenimore Cooper
- 5 *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga
- 6 *El fantasma de Canterville y otros cuentos*, de Oscar Wilde
- 7 *El gato negro y otros cuentos*, de Edgar Allan Poe
- 8 *Los pescadores de ballenas*, de Emilio Salgari
- 9 *Las minas del rey Salomón*, de Henry Rider Haggard
- 10 *Estudio en escarlata*, de Arthur Conan Doyle
- 11 *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*,
de Robert Louis Stevenson

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde



Robert Louis Stevenson, 1850-1894

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson

BIBLIOTECA NUEVA
de AVENTURAS



EDICIÓN: José Ramón Díaz Gijón
DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Rojo horizontal
ILUSTRACIONES: Ariette Imbert

Título original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

© De la traducción: Biblioteca Nueva, Madrid 2013

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-703-6
Edición en formato digital

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

El novelista, ensayista y poeta Robert Louis Stevenson escribió algunos de esos libros eternos que uno no se cansa de releer, aunque se suponga que ya no tiene edad para hacerlo. Pero un error frecuente que se suele cometer es pensar que estamos ante un autor de libros juveniles. Descubrir a Stevenson, por el contrario, «es una de las perdurables felicidades que puede deparar la literatura»¹ tal vez porque es «el rey de los narradores contemporáneos»². El escocés universal parece que les dio la razón cuando afirmó que «los libros más decisivos y de influencia más duradera son las novelas»³, y desde luego él fue un excelente narrador de fábulas. Su existencia, además, resultó tan apasionante como sus historias.

Nació en Edimburgo el 13 de noviembre de 1850 en el seno de una acomodada familia burguesa. Su padre, Thomas Stevenson, era constructor de faros —el nombre de la estirpe siempre estará asociado al Faro

¹ Prólogo de Jorge Luis Borges en Robert Louis Stevenson, *Las nuevas noches árabes y Markheim*, J. L. Borges. Biblioteca Personal, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, pág. 9.

² Fernando Savater, *La infancia recuperada*, Madrid, Taurus, 2002, pág. 238.

³ «Los libros que me han influido», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos literarios*, Madrid, Hiperión, 1983, pág. 74.

de Skerryvore (1834), el más caro y luminoso de la época—, y de él heredó el gusto por el mar y los paisajes aislados; su madre, Margaret Balfour, era la hija menor del reverendo Lewis Balfour, procedente de una conocida y respetada familia de la sociedad escocesa. La infancia de Stevenson estuvo marcada por su débil constitución física, acentuada por unos ojos lánguidos y un rostro de aspecto femenino, y una salud delicada. Recluido en el número 17 de Heriot Row, en el centro de la ciudad nueva, pasó largas temporadas postrado en la cama, lejos de los amigos y de los juegos. Una situación que se repetiría a menudo durante su edad adulta, lo que llevó al escritor Henry James a afirmar que sus libros fueron «la obra de un enfermo» porque «en su mayor parte han sido escritos en la cama»⁴.

Su compasiva niñera, Alison Cunningham —a quien él llamaba cariñosamente Cummie— se desvivía por aliviar sus sufrimientos en «las terribles e interminables noches en que», según el propio Stevenson, «yacía despierto, la garganta desgarrada por una tos agotadora, rezando desde lo más hondo de mi convulso cuerpecillo para que llegara el sueño o el amanecer»⁵. Entonces, la paciente Cummie bailaba, cantaba, le leía en voz alta o lo sacaba de la cama para que, a través de la ventana, se distrajera con las luces de Queen Street. De paso apro-

⁴ Henry James, *La imaginación literaria*, Barcelona, Alba Editores, 2000, pág. 170.

⁵ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, Madrid, Hiperión, 1994, pág. 41. Se trata de la biografía que su primo publicó en 1910.

vechó aquellas largas horas para hablarle del infierno, lo que a Stevenson le producía un terror extremo, además de espantosas pesadillas, y tratar de inculcarle la estricta doctrina calvinista. En aquel tiempo, el muchacho llegó a mostrarse tan religioso que hasta su tío le regaló una Biblia ilustrada como premio por haber contado la mejor historia de Moisés en un concurso familiar.

Stevenson agradeció a Cummie sus desvelos y la lectura de los libros que tanto le influirían dedicándole años más tarde *Jardín de versos infantiles* (1885), y no dejó de escribirle cartas durante el resto de su vida. Tantos mimos, sin embargo, lo volvieron perezoso, y hasta los ocho años no empezó a leer. Su precaria salud estaba detrás de las reiteradas ausencias del colegio y de los numerosos profesores particulares que se hicieron cargo de su educación, a pesar de lo cual siempre fue un pésimo estudiante.

De los trece a los diecisiete años acompañó a su padre en sus viajes, y ya nunca dejó de visitar otros países. Viajar fue algo que siempre tuvo presente. Claro que en muchas ocasiones lo hizo buscando un clima más favorable para tratar de mejorar su precaria salud. La tuberculosis condicionó enormemente su existencia, pero supo plantarle cara y demostró a lo largo de sus correrías una vitalidad inagotable.

En casa de los Stevenson nunca se sometió a discusión cuál sería el oficio de su único hijo. Por eso, para dar gusto a su padre, estudió en la Universidad de Edimburgo y durante algo más de tres años se propuso obtener una licenciatura en Ingeniería. Aunque lo

único que consiguió fue familiarizarse con la terminología marina, que después emplearía en sus libros. Que las relaciones con su padre fueron a menudo difíciles quedó de manifiesto cuando, de regreso a Edimburgo después de un viaje de negocios junto a su progenitor, pretendió casarse para escándalo de su familia. El éxito social y económico, que su condición puritana y burguesa le tenían reservados, estuvieron a punto de desbaratarse a manos de una prostituta.

Y es que, qué duda cabe, fue un muchacho rebelde. Pronto se apartó de la vida social y convencional de Edimburgo y la sustituyó por otra disoluta y bohemia. En ese tiempo solía vestir con ropas oscuras y lucía orgulloso una larga melena. Su aspecto era el de un pordiosero. Y de esa guisa frecuentaba los peores ambientes de la ciudad vieja. Participar en concursos de blasfemias era una de sus diversiones predilectas. Gran aficionado a la cerveza, era amigo de ladrones, deshollinadores y marineros, y «las mujeres eran conmigo muy simpáticas y gentiles»⁶. No resulta extraño que hasta los veintitrés años tuviera controlada la asignación, cuestión que fue motivo de queja porque «siempre me mantuvieron en la pobreza»⁷. Era holgazán, voluble y vehemente, y se jactaba de ello sin ningún pudor. «La risa», escribió refiriéndose a sus amigos, «era entonces nuestra ocupación principal»⁸.

⁶ Ibíd., pág. 94.

⁷ Ibíd., pág. 93.

⁸ Ibíd., pág. 100. «La así llamada pereza», escribió Stevenson, a la que incluso dedicó un ensayo, «que en realidad no

Stevenson —para quien «la sabiduría nada tiene que ver con la elección de una profesión»⁹— terminó desesperando a su padre cuando le confesó que quería dedicarse a la literatura, contraviniendo sus deseos, y además —y esto era lo peor— se declaró agnóstico. Visitaba con frecuencia la Advocate's Library de Edimburgo, pero no para preparar las clases a las que asistía con poca regularidad y aprovechamiento en la universidad, sino para leer a Whitman y a Spencer, y también a Shakespeare, Dumas y Montaigne. Quería «aprender a escribir» e imitaba a sus autores favoritos para practicar, aunque, según confesó, los resultados eran, la mayoría de las veces, «deleznables»¹⁰.

Finalmente abandonó la Ingeniería por el Derecho y en 1874 ingresó en el Colegio de Abogados. Pero por entonces ya tenía claro qué tipo de vida le atraía. Quería ser «un nómada» y «un poco vagabundo»¹¹, declaró en una carta a sus padres. Dicho y hecho.

consiste en no hacer nada sino en realizar una cantidad de cosas no reconocidas en las perspectivas dogmáticas de la clase dominante, tiene su bien ganado derecho a postularse como una actividad», véase «Una defensa de la pereza», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos*, Buenos Aires, Losada, 2005, pág. 119.

⁹ «Acerca de la elección de profesión», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos literarios*, ob. cit., pág. 21.

¹⁰ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., págs. 105 y 107, respectivamente. Pero Stevenson estaba convencido de que «tarde o temprano, de una manera u otra, estaba destinado a escribir una novela», véase «Mi primer libro: La isla del tesoro», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos*, ob. cit., pág. 15.

¹¹ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 144

En el verano del año siguiente recorrió la cuenca del Loing junto a su amigo Walter Simpson. Sólo así se sentía inmensamente feliz. «Algunos de los momentos más soberbios de mi vida», escribió, «han transcurrido en la cámara de una goleta de dieciséis toneladas fondeada por la tormenta en Bahía Portree, ante una lata de arroz con carne al curry»¹².

La crónica de un viaje en canoa desde Amberes a Pontoise se convirtió en su primer libro, *Un viaje al continente* (1878). En este trabajo —como en los siguientes de esta época— Stevenson mostró su «disposición a mirar el futuro como una bohemia»¹³, pero fue recibido sin pena ni gloria. En esos años viajó incansablemente por Francia. En la posada de Siron, en Barbizon, entabló amistad con numerosos artistas. Aquel lugar se convirtió en un refugio donde podía, según su confesión, «soñar y vagar en libertad»¹⁴, y en él pasó largas temporadas.

Pero de todos esos viajes, el más decisivo fue el que realizó a Grez. Allí tuvo lugar un acontecimiento que marcaría el resto de su vida. Se enamoró perdidamente de Fanny Osbourne, una norteamericana que estudiaba Bellas Artes en París. El joven escritor tenía veinticuatro años y ella, treinta y cinco. Estaba separada, tenía dos hijos (Isabelle y Samuel) y había perdido a un tercero (Hervey), víctima de su preca-

¹² Ibíd., pág. 129.

¹³ Henry James, *La imaginación literaria*, ob. cit., pág. 172.

¹⁴ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 136.

ria situación económica. Los padres de Stevenson, por supuesto, se opusieron a dicha relación, y para ello trataron de forzar a su hijo retirándole la ayuda económica que le había permitido vivir a su antojo. Éste, que el único sueldo que tuvo fue el de escritor, estaba lejos por entonces de poder concederse ciertas veleidades (hasta 1878 no llegó a ganar cincuenta libras anuales), aunque en este asunto, como en tantos otros, terminaría imponiendo su voluntad.

Antes, sin embargo, Fanny regresó a Estados Unidos sin que Stevenson pudiera acompañarla. En junio de 1879 se publicó *Viajes con una burra a las Cévennes*, pero puesto que el libro no tuvo una gran acogida y además no soportaba estar lejos de su nuevo amor en agosto decidió, sin esperar el consentimiento de sus padres, embarcarse en el *Devonia* rumbo a Nueva York —en cuya travesía escribió gran parte de *Historia de una mentira* y, más tarde, fruto de su trato con los emigrantes, *El emigrante aficionado*—, y de allí, a California.

Fanny no había conseguido todavía el divorcio y el viaje fue muy duro, lo que ocasionó que la salud del escritor se resintiera hasta el punto de que estuvo al borde de la muerte. Permaneció primero en Monterrey, donde contrajo una pleuresía, y después en San Francisco, en donde estuvo socialmente aislado casi por completo. Sin el apoyo de su padre, apenas sin recursos y en un momento delicado en su trato con los editores, su única distracción era leer a Herman Melville.

Según dejó escrito en algunos de sus ensayos, era de la opinión de que el escritor «debe procurar estar mal pagado»¹⁵ si ha elegido el arte como oficio, porque el trabajo que realiza durante el día «contribuye a su felicidad más que la calidad de los alimentos que toma por la noche»¹⁶. Pero la realidad de sus circunstancias era en aquellos momentos tan cruda que se encontraba realmente abatido, tanto que, según confesó, se consideraba curado de «todas mis ínfulas aventureras e incluso de toda humana curiosidad»¹⁷. En ocasiones parecía necesitar de toda su energía solamente para sobrevivir.

Y entonces Fanny consiguió el divorcio. En mayo de 1880, con treinta años, se casó con la que a partir de ese momento se convirtió en su enfermera, secretaria, confidente y compañera de viajes. Hay quienes piensan que la influencia de Fanny, renunciando a su carrera artística para mimar los intereses de su ahora marido, fue decisiva para que Stevenson triunfara como escritor¹⁸; otros opinan, sin embargo, que «se dedicaba en exceso a organizarle la vida»¹⁹

¹⁵ Robert Louis Stevenson, «Carta a un joven que se propone abrazar la carrera del arte», en *Ensayos literarios*, ob. cit., pág. 18.

¹⁶ Robert Louis Stevenson, «La moral de la profesión de las letras», en *Ensayos literarios*, ob. cit., pág. 64.

¹⁷ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 179.

¹⁸ Eugenia Rico, «Fanny Stevenson: el tesoro de la isla rebelde», *El Mundo*, 8 de febrero de 2006.

¹⁹ Javier Marías, «Robert Louis Stevenson entre criminales», en *Vidas escritas*, Madrid, Alfaguara, 2000, pág. 89.

y a apartarle de los amigos, y que a su muerte llegó incluso a manipular sus biografías²⁰; en cualquier caso, lo que es evidente es que, a partir de su unión con Fanny, su vida nunca volvería a ser la misma. «Cuando miro hacia atrás», escribió, «pienso que mi matrimonio fue la decisión más acertada que tomé en la vida»²¹.

Antes de regresar a Escocia junto a su mujer en el verano de aquel año, y ya reconciliado con su padre, escribió *Los colonos de Silverado*, en recuerdo de su estancia en una abandonada ciudad minera en la que Fanny enfermó de difteria²², y en 1882 *Las nuevas noches árabes*²³. Pero, por recomendación médica, abandonaron de nuevo Edimburgo para pasar el invierno en los Alpes suizos, donde Stevenson estuvo la mayor parte del tiempo paseando al aire libre, y de allí viajaron a Francia. En ese tiempo escribió otros relatos (*El fantasma de Janet*, *Los hombres alegres* y *El ladrón de cadáveres*), pero lo más relevante fue el comienzo de

²⁰ Medardo Fraile, «Stevenson, el escocés universal», *Saber Leer*, núm. 78, octubre 1994.

²¹ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 184. Si bien, Stevenson dejó escrito en una ocasión que el matrimonio era «aterrador», «un campo de batalla» y «un peligroso remedio» en el que «el hombre se vuelve blando y egoísta», véase «*Virginibus puerisque*», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos*, ob. cit., págs. 162, 173 y 163, respectivamente.

²² «Es la historia de una luna de miel», escribió Henry James, *La imaginación literaria*, ob. cit., pág. 175.

²³ En este volumen se incluyeron los tres relatos de *El club de los suicidas* —inspirado en los cuentos de *Las mil y una noches*—, que fue «el mayor logro del señor Stevenson», ibíd., pág. 178.

los primeros capítulos de lo que más tarde sería uno de sus grandes éxitos: *La isla del tesoro*.

Una fría y lluviosa mañana de septiembre de 1881 Stevenson se propuso entretener a Samuel, su hijastro de doce años, para lo cual dibujó y coloreó el mapa de una isla imaginaria señalando en ella todos sus accidentes geográficos.

A continuación, y teniendo como punto de partida fundamental el mapa, inventó una trepidante historia de piratas —equilibrada entre la realidad y la fantasía— que transcurría en la Inglaterra del siglo XVIII. Con un estilo muy simple planteó una historia para niños en el que las mujeres, una vez más, estaban excluidas de sus páginas debido a que a éstas «no les gustan los barcos ni las pistolas ni las peleas», es decir, eran «superfluas en el juego de los muchachos»²⁴.

En este relato se propuso tratar el proceso de aprendizaje del joven protagonista, Jim Hawkins. Estamos ante el héroe adolescente audaz, valiente y de espíritu aventurero, ávido por descubrir el mundo en cuanto se le presentara la primera oportunidad. Las proezas de Jim, ejecutadas «sin afectación», eran una «apología directa de la juventud», de ahí que Stevenson no se preocupara «mucho por sus frases»²⁵. Por eso tampoco dudará en enfrentarlo a numerosos peligros a causa de un misterioso y codiciado mapa que escondía un fabuloso tesoro en una

²⁴ Henry James, *La imaginación literaria*, ob. cit., pág. 164.

²⁵ *Ibíd.*, págs. 162, 161 y 159, respectivamente. Stevenson, desde luego, sentía nostalgia por la infancia perdida, véase «Juego de niños», en Robert Louis Stevenson, *Ensayos*, ob. cit., págs. 203-214.

isla desconocida. Y es que el asunto central de las novelas de aventuras, según Stevenson, reside en el peligro: «Los personajes se describen sólo en la medida en que son conscientes de una sensación de peligro y suscitan solidaridad en el temor», de modo que «con el miedo y la pasión se juega ociosamente»²⁶. Pero Jim no recorrerá ese camino hacia su madurez solo, sino de la mano de un pícaro bucanero con una sola pierna²⁷, «el hipócrita, asesino y traidor»²⁸ John Silver, y su inseparable y parlanchín loro, el inolvidable capitán Flint. Y lo hará rodeado de una evidente ambigüedad moral, puesto que, convertido en pirata, el joven no dudará en apoderarse de la *Hispaniola* —el barco con el que se inicia la aventura—, en matar a Israel Hands —el pirata amotinado²⁹— y buscar

²⁶ Robert Louis Stevenson, «Una humilde reconvención», en *Ensayos literarios*, ob. cit., pág. 168.

²⁷ Las taras físicas propias de los personajes de Stevenson (la cicatriz de Billy Bones, la ceguera de Pew, los dedos amputados de Perro Negro o la pata de palo de John Silver) remiten a un simbolismo negativo en el que se establece una relación directa con su catadura moral más que con evocar gestas heroicas. De ahí que Stevenson, al final de la historia, indulte a Silver dejándolo escapar con una parte del tesoro para reunirse con su mujer, véase Jesús del Campo Gómez, *Tesoros, selvas y naufragios: de Stevenson y Conrad a Theroux y Coetzee*, Oviedo, Universidad, 1996.

²⁸ Fernando Savater, *La infancia recuperada*, ob. cit., pág. 55.

²⁹ «Entre la sorpresa y el dolor de aquel momento, no sabré decir si fue por voluntad propia o, lo que es más probable, por un movimiento inconsciente, el hecho es que se me dispararon mis dos pistolas y ambas se me escaparon de las manos. Pero no sólo ellas cayeron. Con el impulso que tomó para lanzar el puñal, el timonel soltó los obenques y se sumergió de cabeza en el mar», *La isla del tesoro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pág. 277.

—junto al legendario bandido Silver— el tesoro deseado por todos. En definitiva, primero por azar y luego por voluntad, Jim tomará las riendas del destino y, gracias a sus intervenciones, se convertirá en el héroe del relato³⁰.

El crítico británico Andrew Lang en su día comparó esta obra con la *Odisea*. Sin duda, no era para tanto. Con evidente ironía, el propio Stevenson escribió a propósito de su inesperado éxito: «Esto me inspira extrañas ideas acerca de la mediocridad de los libros que se publican»³¹. Pero lo que es indudable es que había conseguido renovar la tradición de la novela de aventuras después de que Daniel Defoe escribiera su influyente *Robinson Crusoe*³². Más que el tema, lo que fascinó a los lectores fue el tratamiento que le dio Stevenson; si bien, como le confesó al escritor Henry James, era posible que lo que produce el éxito en una obra sería en otra impertinente y aburrido³³.

Era ésta una obra llena de encanto, un «delicioso relato»³⁴ que había conseguido reunir todos los ingredientes necesarios para entusiasmar no sólo a

³⁰ Emilio Pascual, «El héroe juvenil en Stevenson», *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, núm. 33, 1991, pág. 24.

³¹ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 219.

³² El personaje de Ben Gunn, clave en la historia de *La isla del tesoro*, es un homenaje al relato de Defoe.

³³ Andrés Amorós, *Introducción a la novela contemporánea*, Madrid, Cátedra, 1974, pág. 98.

³⁴ Henry James, *El arte de la ficción*, León, Universidad de León, 1992, pág. 71.

su hijastro Samuel, sino hasta al mismo padre de Stevenson. Ambos consiguieron que la escribiera a razón de un capítulo diario³⁵. Sin que estuviera terminada, la revista *Young Folks* empezó a publicar las primeras entregas —bajo el seudónimo de capitán George North— a cambio de treinta y cuatro libras, siete chelines y seis peniques. El público la recibió, en principio, con poco entusiasmo. Pero después de un breve paréntesis, en el que Stevenson, otra vez enfermo, viajó a París y Londres, éste retomó finalmente la historia y en sólo quince días escribió los últimos catorce capítulos.

Cuando parecía que nada iba a cambiar recibió una oferta de la editorial Cassel, que no estaba en condiciones de rechazar: era cabeza de familia, arrastraba una delicada salud y todavía no había logrado ganar doscientas libras al año. Por eso, cien libras, que fue el precio que consiguió, le parecían mucho más de lo que valía la historia. «Ser un hombre importante que no puede comprar pan», escribió por entonces, «es horrible»³⁶, así que autorizó a que el libro se publicara a finales de 1883 —dos mil ejemplares al precio de cinco chelines— a cambio de un anticipo a cuenta de los derechos de autor. Poco después, *La isla del tesoro* se había traducido y plagiado en todos los países. Stevenson tenía trein-

³⁵ Robert Louis Stevenson, «Mi primer libro: La isla del tesoro», en *Ensayos*, ob. cit., pág. 21.

³⁶ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 215.

ta y seis años y aquella historia, escrita sin muchas pretensiones, le hizo famoso. Aunque no rico, pues siguió dependiendo de la ayuda paterna.

Tras una congestión pulmonar, que casi acaba con su vida, Stevenson regresó a Inglaterra en 1884, donde permanecería tres años en una casa adquirida por su padre en Bournemouth. Durante ese tiempo recibió la visita de muchos amigos, entre ellos la de Henry James³⁷. En los ratos en que se lo permitía su salud, siguió trabajando. Al año siguiente se publicaron *Jardín de versos infantiles*, *El dinamitero* y *El Príncipe Otón*, y en enero de 1886 apareció *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

En esta última obra —escrita en la cama, entre hemorragias pulmonares— Stevenson retomó la cuestión de la ambigüedad moral porque siempre se había sentido atraído por los problemas éticos. De ahí que se valiera de la libertad narrativa que le permitían sus fantásticos relatos para expresar los problemas y conflictos concernientes a la dualidad de la naturaleza humana. Y el «mal» era algo que le fascinaba especialmente.

Sin embargo, no era la primera vez que aludía a ese tipo de cuestiones. En la línea marcada por Jekyll y Hyde, Stevenson había escrito antes *Markheim* (1884), un relato breve en el que el asesino de un joyero afirmaba, ante el príncipe de las tinieblas que

³⁷ Henry James, *Crónica de una amistad*, Madrid, Hiperión, 2000.

viene a buscarlo, que «el mal y el bien tienen fuerza dentro de mí, empujándome en las dos direcciones», y no duda en reconocer que «en cierta manera me he sometido al mal»³⁸.

La muerte de su padre (1887) —que lo convirtió en un hombre rico— y el consejo de los médicos respecto a su cada vez más delicado estado de salud terminaron con su estancia en Inglaterra, a la que ya nunca regresaría. Acompañado de su familia y de su madre se dirigió a un sanatorio de Colorado (Estados Unidos) para pasar el invierno y tratar de recuperarse. Allí, entre paseos por el monte y la práctica del patinaje en el lago, empezó a trabajar en *El señor de Ballantrae*. En 1888, además, se publicaría en forma de libro *La flecha negra* —que ya había aparecido por entregas unos años antes—, una novela histórica ambientada en Inglaterra durante la Guerra de las Dos Rosas (1455-1485).

Pero entonces tomó la decisión de llevar a cabo uno de sus más preciados sueños: el placer de navegar y conocer remotos lugares. En el verano de 1888, a bordo de *Casco*, una goleta de setenta toneladas, Stevenson y su familia emprendieron un viaje con destino a las islas Marquesas, que se prolongó durante seis meses. Más tarde, atraído por la vida exótica de las islas polinésicas, el «nómada travieso

³⁸ Robert Louis Stevenson, «Markheim», en *El diablo de la botella y otros cuentos*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, págs. 51-52.

del Pacífico», como lo llamó Henry James, deambuló a bordo del *Equator* de un lugar a otro, y cuyas impresiones quedaron recogidas en *Cuentos de los mares del sur*.

En diciembre de 1889 llegó a Apia —capital de Upolu, principal isla del archipiélago de Samoa— con la decisión tomada hacía tiempo de pasar allí el resto de su vida. Compró un terreno de veinte hectáreas con una casa de madera de tejado rojo y paredes verdes, que bautizó como Vailima («cinco ríos»), y por la que andaban siempre descalzos, con el rumor lejano del mar de fondo. Por fin gozaba de las ventajas que sus ingresos y la fama le proporcionaban.

Su intención, sin embargo, no era olvidarse de la civilización. La prueba es que a menudo sentía nostalgia de Edimburgo y, sobre todo, echaba de menos a sus amigos, a los que ya no volvería a ver. Recibía visitas, organizaba fiestas en las que participaban los nativos —que lo llamaban Tusitala, «el narrador de historias»— y se distraía montando a caballo mientras Fanny se ocupaba de cultivar una huerta. Solía levantarse temprano y trabajaba varias horas, echado muchas veces sobre la cama en la que dormía, compuesta por una sencilla estera. Otra de sus obras, *El naufrago*, se publicó en 1892 y, un año después, vieron la luz *Bajamar* y *Catriona*.

Desde su llegada a la isla, su salud aparentemente no había empeorado, pero su deterioro físico resultaba evidente. Se vio obligado a consumir menos

vino y hasta dejó de fumar, y su hijastra se ocupó de escribir al dictado las notas de su trabajo.

El día de su muerte, el 3 de diciembre de 1894, estuvo trabajando en su último libro, *Weir of Herminston* —una novela histórica que volvía la mirada a Escocia y trataba de un conflicto paterno-filial—, que algunos consideran su obra maestra y que nunca llegó a terminar. Por la tarde charló animadamente con su mujer y jugó con ella una partida de cartas. Después se dispuso a preparar la cena y bajó a la bodega en busca de un borgoña. De pronto, hablando con Fanny, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: «¿Qué es esto?», y a continuación, preguntó: «¿Tengo una expresión extraña?»³⁹. Acto seguido cayó de rodillas junto a ella y perdió el conocimiento. Había sufrido una hemorragia cerebral y nada se pudo hacer por él. Tenía cuarenta y cuatro años.

Como era su deseo, fue enterrado en la cumbre del monte Vaea, frente al océano Pacífico. Los nativos escribieron: «Ésta es la tumba de Tusitala», y en ella también puede leerse el «Réquiem» que el propio Stevenson había preparado para ese momento: «Bajo el inmenso y estrellado cielo, / cavad mi fosa y dejadme yacer. / Alegre he vivido y alegre muero, / pero al caer quiero haceros un ruego. / Que pongáis

³⁹ Graham Balfour, *Vida de Robert Louis Stevenson*, ob. cit., pág. 387. Hay algo en la muerte de Stevenson que parece aludir a uno de sus personajes más célebres: el de Mr. Hyde y su fatal transformación, Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001, pág. 286.

sobre mi tumba este verso: / Aquí yace donde quiso yacer; / de vuelta del mar está el marinero, / de vuelta del monte está el cazador.»

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Una noche tuvo un sueño —se despertó justo antes de descubrir el rostro de Hyde— y aquella onírica experiencia, probablemente inducida por el consumo de las drogas a las que recurría para aliviar sus dolores, le sirvió para escribir la obra de un tirón.

El doctor Jekyll, un impaciente y optimista médico, ingiere un preparado que lo convierte en una persona malvada, llamada Hyde. A pesar de las apariencias, fue «la exigente naturaleza de mis aspiraciones, y no la particular degradación de mis faltas, lo que me hizo ser lo que era y lo que separó con un foso más profundo que en la mayoría de las personas esas zonas del bien y del mal que dividen y componen la dual naturaleza del hombre», escribe el doctor antes de morir. El autor, pues, concibió a su protagonista como «un ser compuesto, una mezcla de bien y de mal»; se trata, en definitiva, de «un ser hipócrita que oculta con esmero sus pequeños pecados» y de quien se puede separar el mal en forma de Hyde, que a su vez puede ser definido como «un precipitado de mal puro». Así que ni Jekyll es un bien puro ni Hyde es puro mal «porque del mismo modo que los componentes del inaceptable Hyde moran en el interior del aceptable Jekyll, así,

sobre Hyde flota un halo de Jekyll que se horroriza ante la iniquidad de su otra mitad»⁴⁰.

Stevenson, sin embargo, no describe a qué secretos placeres se entrega este inquietante y abominable ser llamado Hyde, aunque podría deducirse que son de naturaleza sádica antes que prácticas homosexuales, tan frecuentes en el Londres victoriano en el que está ambientada la novela⁴¹. De hecho, a Fanny, su mujer, no le gustó la primera versión. No sólo la juzgaba como poco alegórica, sino que le asustó lo que podía revelar respecto a cuestiones de tipo personal que tenían que ver con la doble vida de su marido. Y el manuscrito fue destruido. Siempre se ha dicho que fue el propio escritor quien quemó aquellas cuartillas, aunque recientemente se sospecha que se trató de su mujer, según confesó ella misma al poeta W. E. Henley⁴². Sea como fuere, el caso es que Stevenson reescribió la novela en apenas tres días y le dio su forma definitiva después de varias semanas de trabajo.

En esta ocasión, el tema, más que su calidad literaria, encendió los ánimos de la sociedad victoriana,

⁴⁰ Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*, ob. cit., págs. 257-260.

⁴¹ Nabokov no la consideraba una novela de detectives, ni tampoco una parábola o una alegoría; más bien se trataba de un «relato espectral» —como lo definió el propio Stevenson— y una especie de fábula expuesta «de manera apetitosa», ibíd., pág. 254.

⁴² «La mujer de Stevenson quemó el primer bosquejo de “Dr. Jekyll y Mr. Hyde”», *El Mundo*, 26 de octubre de 2006.

y el debate llegó incluso hasta las iglesias. Aunque al principio no se vendió bien, una crítica elogiosa en el *Times* de Londres consiguió que sólo en Gran Bretaña se vendieran cuarenta mil ejemplares en seis meses.

José Ramón Díaz Gijón

Historia de la puerta

El abogado Mr. Utterson era un hombre de semblante hosco que nunca se vio iluminado por una sonrisa; frío, parco y pausado en el habla; remiso al sentimiento; delgado, alto, desabrido y lóbrego, y sin embargo, tratable. En reuniones con los amigos y cuando el vino era de su agrado, algo eminentemente humano brillaba en sus ojos; algo que no encontraba expresión en palabras, pero sí en aquellos símbolos silenciosos que emite el rostro tras una cena e incluso de manera más frecuente y convincente en los actos de su vida. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba a solas, para mortificar su preferencia por el buen vino; y aunque le gustaba el teatro, no había cruzado las puertas de ninguno en veinte años. Pero mostraba una extraordinaria tolerancia hacia los demás; asombrándose a veces, casi con envidia, de la enorme tensión que los arrastraba a sus desmanes, y en caso extremo inclinado a ayudar antes que a reprender. «Me inclino por la herejía de Caín —solía decir de forma pintoresca—. Dejo que mi hermano se vaya al diablo por su propio pie.» En este sentido, le tocó a menudo ser la última amistad respetable y la última buena influencia en las vidas de los hombres que iban

cuesta abajo. Y en cuanto a ellos, mientras acudieran a su casa, jamás mostró la más leve sombra de cambio de actitud.

Esta singular conducta, desde luego, no le resultaba difícil de practicar a Mr. Utterson, pues era, en el mejor de los casos, inexpresivo, y hasta sus amistades parecían estar fundadas en una naturaleza similar. Es marca distintiva del hombre modesto aceptar su círculo de amistades tal y como la ocasión se lo brinda; y así era costumbre en el abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre o aquellos a los que conocía desde hacía más tiempo; sus afectos, como la hiedra, crecían con el tiempo, sin que ello implicara méritos en las personas que eran objeto de los mismos. De ahí derivaba sin duda el vínculo que lo unía a Mr. Richard Enfield, su pariente lejano y hombre bien conocido en la ciudad. Era un misterio para muchos qué veían el uno en el otro o qué asunto tenían en común. Las personas que se encontraban con ellos en sus paseos dominicales aseveraban que no hablaban de nada, que parecían aburridos y que recibían con evidente alivio la aparición de algún otro amigo. Con todo, los dos hombres daban la mayor importancia a esas excursiones, consideradas como lo más destacado de la semana, y no sólo dejaron de lado otras ocasiones de recreo, sino que rechazaron incluso llamadas de negocios para no interrumpir su goce.

Y sucedió que, en uno de esos paseos, el camino los condujo a una calle lateral situada en un concu-

rrido barrio de Londres. La calle era pequeña y, como se suele decir, tranquila, pero en los días de diario tenía mucho ajetreo comercial. Sus habitantes parecían prósperos y todos esperaban ir a mejor, porque invertían el excedente de sus ganancias en coqueterías, de tal modo que los escaparates de las tiendas a ambos lados de la calle tenían un aire de invitación, como filas de sonrientes vendedoras. Incluso los domingos, cuando velaba sus más floridos encantos y quedaba relativamente vacía de transeúntes, la calle resplandecía en contraste con su mezquino vecindario como una lumbré en un bosque; y con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce bien pulidos y una nota de limpieza y alegría general, atraía la atención y complacía la vista del paseante.

Dos puertas más allá de una esquina, en el lado izquierdo yendo hacia el este, la línea de las fachadas quedaba rota por la entrada a un patio; y en aquel punto, un edificio de aspecto siniestro proyectaba el alero de su tejado sobre la calle. Tenía dos plantas; carecía de ventanas; sólo una puerta en la planta baja y un muro ciego y descolorido en la superior; conservaba en todos sus detalles las señales de una prolongada y sórdida negligencia. La puerta, desprovista de campanilla y aldaba, tenía la pintura ampollada y descolorida. Los vagabundos se cobijaban en el hueco y encendían cerillas frotándolas en sus paneles; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; los muchachos habían probado sus cor-

taplumas en las molduras; y durante casi una generación, nadie parecía haberse preocupado de alejar a estos visitantes ocasionales ni de reparar sus destrozos.

Mr. Enfield y el abogado paseaban por el lado opuesto de la calle; pero cuando pasaron frente a la entrada de la casa, el primero alzó su bastón y, apuntando con él, preguntó:

—¿Ha reparado alguna vez en esa puerta?

Y cuando su compañero contestó afirmativamente, añadió:

—Está relacionada en mis recuerdos con un hecho extraño.

—¿De veras? —dijo Mr. Utterson, con un leve cambio de voz—. ¿Cuál es?

—Pues fue así —contestó Mr. Enfield—. Volvía yo a casa desde algún lugar situado al otro extremo del mundo, hacia las tres de una negra madrugada de invierno, y tenía que cruzar por una parte de la ciudad donde no había otra cosa que ver excepto los faroles de gas. Calle tras calle, todo el mundo dormía; calle tras calle, todas iluminadas como en una procesión, y todas tan vacías como una iglesia, hasta que llegué a un estado de ánimo semejante al del hombre que agudiza el oído y empieza a anhelar la presencia de un policía. De repente vi dos figuras: una era un hombrecillo que caminaba a buen paso en dirección al este, y otra, una niña de ocho o diez años que corría a toda prisa por una bocacalle. Bueno, señor, era natural que ambos chocaran al llegar

a la esquina; y aquí empezó la parte horrible de la historia; porque el hombre pisoteó a la niña, que había caído al suelo, y la dejó dando gritos. Contado así, parece algo sin importancia, pero vista fue una escena infernal. Aquello no era un hombre; era más bien un maldito *Juggernaut*¹. Dejé escapar un grito de alarma, eché a correr, agarré por el cuello al hombre y lo traje de vuelta hasta donde se había congregado un grupo de personas alrededor de la gimiente niña. Demostró una absoluta frialdad y no opuso resistencia, pero me lanzó una mirada tan aterradora que me hizo sudar como en una fuerte carrera. Las personas que se habían reunido eran los familiares de la niña; y poco después compareció un médico, a quien ella había salido a buscar. Según el matasanos, la niña no tenía nada, sólo el susto; y en este punto debería haber terminado la historia. Pero ocurrió una curiosa circunstancia. Sentí aversión por aquel hombre desde el primer momento que lo vi. Lo mismo le ocurrió a la familia de la niña, lo cual era natural. Pero el caso del médico fue lo que me sorprendió. Era uno de esos médicos-boticarios, sin edad ni color definidos, con un fuerte acento de Edimburgo y tan pasional como una gaita. Pues bien, señor, le pasó lo mismo que a todos nosotros; cada vez que miraba a mi prisionero, se ponía lívido y enfermo por las ganas de matarlo. Supe lo que

¹ Uno de los nombres por los que se conoce al dios Krishna en la religión hindú.

pensaba igual que él sabía lo que pensaba yo; y como no era cuestión de matarlo, hicimos lo mejor que estuvo en nuestras manos. Le dijimos al hombre que íbamos a montar tal escándalo que su nombre iba a apestar de un extremo a otro de la ciudad. Si tenía amigos o reputación, nos encargaríamos de que los perdiera. Entre tanto, mientras así lo increpábamos, teníamos que mantener a raya a las mujeres, que arremetían contra él como arpías. Nunca había visto un círculo de rostros tan llenos de odio; y allí estaba el hombre, en medio de todo aquel jaleo, con una especie de sombría frialdad —aunque asustado, como pude percibir—, pero aguantándolo todo como un verdadero satanás. «Si lo que pretenden es sacar dinero de este accidente —dijo—, estoy a su disposición. Lo que cualquier caballero desea es evitar una escena. Digan la cantidad.» Le presionamos hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; habría querido escabullirse, pero se respiraba un aire de amenaza en todos nosotros que por fin se rindió. El siguiente paso era conseguir el dinero, ¿y adónde cree que nos llevó? Pues a la casa de la puerta. Sacó una llave, entró y poco después regresó con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto del Banco Coutts, pagadero al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque sea éste uno de los detalles principales de mi historia; pero era un hombre muy conocido de los que salen con frecuencia en los periódicos. La suma era elevada; pero la firma, de ser auténtica, garanti-

zaba más que eso. Me tomé la libertad de advertir al caballero que aquello me parecía sospechoso, y que no era nada corriente en la vida cotidiana que un hombre se metiera a las cuatro de la madrugada por la puerta de un bajo y volviera a salir con un cheque de casi cien libras firmado por otra persona. Pero él guardó la calma e hizo un gesto de desdén. «Tranquilícese —dijo—, me quedaré con ustedes hasta que abra el banco y yo mismo haré efectivo el cheque.» Así que nos fuimos todos de allí: el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo; pasamos el resto de la noche en mi casa, y al día siguiente, después de desayunar, nos dirigimos en grupo al banco. Yo mismo presenté el cheque en caja convencido de que se trataba de una falsificación. Pero no. El cheque era auténtico.

—Vaya —dijo Mr. Utterson.

—Veo que le asombra tanto como a mí —repuso Mr. Enfield—. Sí, es una historia fea. Porque nuestro hombre era un tipo con el que nadie habría querido tratar; un individuo despreciable, mientras que la persona que extendió el cheque era la flor y nata de la honorabilidad, muy conocida y, lo que es peor, una de esas personas que, según dicen, hacen el bien. Chantaje, supongo; un hombre honrado que paga, a su pesar, algún tropiezo de juventud. Por eso llamo yo a ese edificio de la puerta la Casa del Chantaje. Aunque ni siquiera esto lo explica todo —añadió, y tras pronunciar estas palabras se sumió en sus pensamientos.

De ellos lo sacó Mr. Utterson al preguntarle de repente:

—¿Y no sabe usted si vive aquí el que firmó el cheque?

—¿En un lugar como éste? —repuso Mr. Enfield—. No, ya conozco su dirección; vive en alguna plaza de por aquí.

—¿Y nunca le ha preguntado usted a nadie sobre el edificio de la puerta? —continuó Mr. Utterson.

—No, señor; tuve reparos —fue la respuesta—. Soy muy reacio a hacer preguntas; me recuerda demasiado al día del juicio. Formula una pregunta y es como si lanzaras una piedra. Estás sentado en la cima de una colina; la piedra que has lanzado sigue su camino y pone en movimiento a otras; y de repente, algún pobre infeliz (el que menos hubieras pensado) que se hallaba en el jardín trasero de su casa resulta golpeado en la cabeza, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor; una de mis normas es que cuanto más extraño es un asunto, menos pregunto.

—Es una buena norma —dijo el abogado.

—Pero he examinado ese lugar por mi cuenta —continuó Mr. Enfield—. Apenas si parece una casa. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por ella, salvo de cuando en cuando el caballero de mi aventura. Hay tres ventanas mirando al patio en el primer piso; ninguna en la planta baja; las ventanas están siempre cerradas, pero están limpias. Además hay una chimenea, que suele echar

humo; así que alguien vive ahí. Pero ni siquiera es seguro, porque los edificios están tan apiñados en torno al patio que es difícil decir dónde termina uno y dónde empieza otro.

Los dos hombres siguieron caminando un rato en silencio, y entonces dijo Mr. Utterson:

—Enfield, está bien esa norma suya.

—Sí, eso creo —respondió Enfield.

—Sin embargo —continuó el abogado—, hay algo que quiero preguntarle. ¿Cómo se llama el hombre que pisoteó a la niña?

—Bueno —dijo Mr. Enfield—, no creo que esto pueda perjudicar a nadie. Se llama Hyde.

—¡Ah! —murmuró Mr. Utterson—. ¿Qué aspecto tiene?

—No es fácil de describir. Hay algo singular en su aspecto; algo desagradable, francamente detestable. Nunca vi a un hombre que me asqueara tanto, y no sé decir por qué. Debe de tener alguna deformidad; produce esa impresión, aunque no puedo especificar en qué consiste. Es un tipo de aspecto extraordinariamente anormal, y sin embargo soy incapaz de mencionar algo que se salga de lo común. No, señor, no sé qué decir; me resulta imposible describirlo. Y no es por falta de memoria, porque le aseguro que es como si lo estuviera viendo ahora mismo.

Mr. Utterson continuó caminando un trecho en silencio, evidentemente bajo el peso de una reflexión.

—¿Está usted seguro de que utilizó una llave?— preguntó finalmente.

—Mi querido señor... —comenzó a decir Enfield, sorprendido.

—Sí, lo sé —dijo Utterson—. Sé que tiene que parecerle extraño. El hecho es que si no le pregunto el nombre de la otra persona es porque ya lo sé. Comprenda, Richard, su relato ha dado en el clavo. Si ha sido inexacto en algún punto, sería mejor que lo rectificara ahora.

—Creo que debería haberme advertido —contestó Enfield ligeramente molesto—. Pero he sido exacto hasta la pedantería. Ese individuo tenía una llave; es más, aún la tiene. Hace menos de una semana que lo vi servirse de ella.

Mr. Utterson suspiró profundamente, pero no dijo una palabra; enseguida, el joven volvió a hablar.

—No sé cuándo voy a aprender a callarme —dijo—. Me avergüenzo de tener una lengua tan larga. Hagamos un trato, y no volvamos a hablar de este asunto.

—Por mí, encantado —dijo el abogado—. Deme la mano, Richard.

Aquella noche Mr. Utterson regresó a su casa de soltero de mal humor y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos tenía por costumbre, después de cenar, sentarse junto al fuego, con un volumen de áridos temas religiosos sobre su atril, hasta que el reloj de la iglesia cercana daba las doce, hora en la que se iba a la cama sereno y agradecido. Esa noche, sin embargo, tan pronto como se levantó el mantel, cogió una vela y se dirigió a su despacho. Allí abrió su caja fuerte y extrajo del lugar más reservado un documento metido en un sobre en el que se leía: «Testamento del Dr. Jekyll», y se sentó con el ceño fruncido a estudiar su contenido. El testamento era ológrafo¹, porque a pesar de que Mr. Utterson se hizo cargo de él una vez concluido, se negó a prestar la más mínima ayuda en su redacción. El documento no sólo estipulaba que, en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en Medicina, doctor en Derecho, doctor en Leyes, miembro de la Real Academia, etc., todas sus posesiones pasaran a manos de su «amigo y benefactor Edward Hyde», sino que, en

¹ Testamento que deja el testador escrito y firmado de su propia mano.

caso de «desaparición o ausencia inexplicada del Dr. Jekyll por un período superior a tres meses», el susodicho Edward Hyde ocupara sin dilación su lugar, libre de toda carga u obligación, salvo el pago de módicas cantidades a los miembros del servicio doméstico del doctor. Hacía mucho tiempo que este documento se había convertido en la pesadilla del abogado. No sólo le ofendía como tal, sino como amante de los aspectos sanos y rutinarios de la vida, para quien la extravagancia era inmodestia. Hasta entonces había sido su ignorancia acerca de aquel Mr. Hyde lo que excitaba su imaginación; ahora, por un súbito giro del destino, era lo que sabía de él lo que lo irritaba. Ya era malo que aquel personaje no constituyese más que un nombre, que nada le decía de la persona; pero era peor ahora que el nombre empezaba a revestirse de odiosos atributos; y, surgido de las insustanciales y movedizas brumas que habían velado sus ojos durante tanto tiempo, empezó a dibujarse el súbito y definido presentimiento de que se trataba de un despiadado.

—Creí que era una locura —dijo, mientras volvía a poner el enojoso documento en su lugar—, y ahora empiezo a temer que es una desgracia.

Después apagó la vela, se puso el grueso abrigo y se dirigió hacia Cavendish Square, ciudadela de la medicina, donde su amigo, el eminente doctor Lanyon, tenía su casa y recibía a sus numerosos pacientes. «Si alguien sabe algo, tiene que ser Lanyon», había pensado.

El ceremonioso mayordomo lo conocía y le dio la bienvenida; sin tener que esperar, le hizo pasar directamente al comedor, donde sentado a la mesa, solo y paladeando su vino, estaba el doctor Lanyon. Era un caballero cordial, sano, robusto y de semblante rubicundo, con un mechón de cabello prematuramente blanco y modales decididos y llamativos. Al ver a Mr. Utterson, saltó de su silla y le dio la bienvenida con ambas manos. Su cordialidad resultaba un tanto teatral, pero se basaba en un sentimiento sincero. Porque los dos eran viejos amigos, antiguos compañeros de colegio y de universidad, profundamente respetuosos cada uno de sí mismo y del otro y, lo que no es siempre consecuencia de todo eso, ambos disfrutaban de la mutua compañía.

Después de una breve charla ociosa, el abogado encaminó la conversación al tema que tan desagradablemente le preocupaba.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que usted y yo somos los más viejos amigos de Henry Jekyll.

—Ojalá esos amigos fueran más jóvenes —rió el doctor Lanyon—. Pero supongo que así es. ¿A qué viene eso? Últimamente lo veo poco.

—¿De veras? —dijo Utterson—. Pensé que seguían unidos por intereses comunes.

—Y era así —respondió el otro—. Pero hace más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mí. Empezó a ir mal y a desquiciarse mentalmente; y aunque, por supuesto, sigo teniendo interés en él en honor a los viejos tiempos,

lo he visto muy poco. Todos estos disparates nada científicos —añadió el doctor, poniéndose súbitamente colorado— habrían enemistado a Damon y Pitias².

Este pequeño estallido de mal genio sirvió de alivio a Mr. Utterson. «Sólo discrepan en una cuestión científica», se dijo; y no siendo un hombre apasionado por la ciencia (excepto en la cuestión de redactar escrituras), llegó incluso a añadir: «¡Si no es nada peor que eso!» Dio a su amigo unos segundos para recobrar la compostura, y luego abordó la pregunta que había venido a plantear:

—¿Ha tratado alguna vez a ese protegido suyo..., un tal Hyde? —preguntó.

—Hyde —repitió Lanyon—. No. Nunca oí hablar de él en estos años.

Ésa fue toda la información que se llevó consigo el abogado al meterse en su enorme y oscura cama, en la que no paró de dar vueltas hasta que las horas del amanecer dieron paso a las del día. Fue una noche de poco descanso para su cerebro, que trabajó sin tregua, debatiéndose en la oscuridad.

Dieron las seis en las campanas de la iglesia que estaba situada muy cerca de la casa de Mr. Utterson, quien seguía enfrascado en el problema. Hasta en-

² Filósofos pitagóricos del siglo IV a.C. y amigos inseparables. Dionisio el joven, de Siracusa, condenó a muerte a Pitias por un atentado. Damon se convirtió en garantía de ésta hasta la puesta de sol, pero cuando iba a sufrir su pena, los dos amigos fueron declarados libres en recompensa por su afecto mutuo.

tonces sólo le había preocupado desde el lado intelectual; pero ahora su imaginación también se vio involucrada, o mejor dicho esclavizada; y mientras yacía en el lecho y se agitaba en la espesa oscuridad de la noche y de la habitación cerrada con cortinas, el relato de Mr. Enfield se desplegó ante su mente como una sucesión ininterrumpida de figuras luminosas. Venían a su mente el amplio paisaje de faroles encendidos de una ciudad en plena noche; luego la figura de un hombre que caminaba a buen paso; a continuación, la de una niña que venía corriendo de casa del médico; y después ambos se encontraban, y ese *Juggernaut* humano pisoteaba a la niña y pasaba por encima de ella sin preocuparse de sus gritos. O veía el dormitorio de una lujosa mansión, donde yacía su amigo, dormido, soñando y sonriendo en sus sueños, y entonces la puerta de aquel dormitorio se abría, alguien descorría las cortinas de la cama, despertaba al durmiente ¡y ahí estaba a su lado una figura que tenía el poder de levantarlo de la cama incluso a tan altas horas de la noche y hacer lo que le mandaba! La figura de estas dos secuencias persiguió al abogado durante toda la noche; y si alguna vez le vencía el sueño, era para verlo deslizarse furtivamente al interior de casas dormidas, o moverse con rapidez cada vez mayor, rayana en el vértigo, a través de los anchos laberintos de la ciudad iluminada por farolas y cómo atropellaba en cada esquina a una niña y la dejaba gritando. Pero la figura seguía sin tener un rostro que le permitiera

reconocerla; ni siquiera en sus sueños lo tenía o, si lo tenía, lo desorientaba aún más, porque se diluía delante de sus ojos; y todo esto hizo que surgiera y creciera en la mente del abogado una curiosidad particularmente intensa, casi desordenada, por contemplar los rasgos del verdadero Mr. Hyde. Si pudiera verlo aunque sólo fuera una vez, el misterio se aclararía, o tal vez se disipara, como suele suceder con las cosas misteriosas cuando uno las examina con detalle. Podría ver una razón que explicase la extraña preferencia o servidumbre (llámese como se quiera) de su amigo e incluso las sorprendentes cláusulas de su testamento. Al menos sería un rostro que valdría la pena ver: el rostro de un hombre sin entrañas; un rostro que con sólo mostrarse había hecho surgir en la mente del nada impresionable Enfield un sentimiento de intenso odio.

Desde aquel día, Mr. Utterson comenzó a frecuentar la puerta de la callejuela de las tiendas. Por la mañana, antes de acudir a su despacho; a mediodía, cuando el negocio era intenso y el tiempo escaso; por la noche, bajo la brumosa cara de la luna de la ciudad; bajo todas las luces y a cualquier hora, solitaria o concurrida, podía encontrarse al abogado en el puesto de observación elegido.

«Si él es el que se oculta —pensó—, yo seré el que busca.»

Y por fin su paciencia se vio recompensada. Era una noche clara y seca; hielo en el aire; las calles tan limpias como el suelo de un salón de baile; las lla-

mas de las farolas, inmóviles por la falta de viento, trazaban un dibujo regular de luz y sombra. Sobre las diez, cuando las tiendas ya estaban cerradas, la callejuela estaba solitaria y, a pesar del sordo rumor que llegaba de todos los puntos de Londres, estaba también silenciosa. Los pequeños ruidos se percibían desde lejos; los ruidos que brotaban del interior de las casas se oían a ambos lados de la calle; y cuando algún transeúnte se aproximaba, el rumor de sus pasos le precedía con antelación. Mr. Utterson llevaba unos minutos en su puesto cuando oyó unos ligeros y extraños pasos que se acercaban. Hacía tiempo que en el curso de sus rondas nocturnas se había acostumbrado al curioso efecto que producen los pasos de una sola persona aún distante, cuando resuenan súbitamente del vasto y estrepitoso rumor de la ciudad. Sin embargo, nunca su atención se había visto atraída de una manera tan clara y decisiva; y embargado por un intenso y supersticioso presentimiento de seguridad, se ocultó en la entrada del patio.

Los pasos se aproximaban con rapidez, y al doblar la esquina de la calle resonaron mucho más fuerte. El abogado pudo ver enseguida, mirando desde la entrada del patio, con qué tipo de hombre tenía que enfrentarse. Era pequeño y vestía sencillamente, y su aspecto, incluso a aquella distancia, suscitaba una intensa aversión en quien lo observaba. Se dirigió directamente hacia la puerta, cruzando la calzada para ganar tiempo; y mientras cami-

naba, sacó una llave del bolsillo como quien se acerca a su casa.

En el momento en el que pasaba a su lado, Mr. Utterson dio un paso y le tocó el hombro.

—Mr. Hyde, supongo.

Mr. Hyde retrocedió y aspiró una bocanada de aire. Pero su miedo fue sólo momentáneo. Y aunque no miró al abogado a la cara, contestó con frialdad:

—Ése es mi nombre. ¿Qué quiere?

—Veo que va a entrar —contestó el abogado—. Soy un amigo del Dr. Jekyll, Mr. Utterson, de Gaunt Street. Seguro que habrá oído hablar de mí y, al tener la oportunidad de encontrarlo, pensé que no tendría inconveniente en que pase con usted.

—No encontrará al Dr. Jekyll; está fuera de casa —respondió Mr. Hyde, introduciendo la llave en la cerradura.

Luego, con brusquedad, pero todavía sin mirarlo, le preguntó:

—¿Cómo me ha conocido?

—Y usted, por su parte —dijo Mr. Utterson—, ¿me haría un favor?

—Desde luego —replicó el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite ver su rostro? —pidió el abogado.

Mr. Hyde pareció dudar; luego, como por una súbita decisión, alzó el rostro con gesto de desafío, y los dos hombres se observaron fijamente durante unos segundos.

—Ahora podré reconocerlo llegado el caso —dijo Mr. Utterson—. Puede ser útil.



En el momento en el que pasaba a su lado, Mr. Utterson dio un paso y le tocó el hombro.

—Sí —contestó Mr. Hyde—, está bien que nos hayamos encontrado; a propósito, aquí tiene usted mi dirección.

Y le dio un número de una calle en el Soho.

«¡Santo Dios! —pensó Mr. Utterson—. ¿Es posible que también él haya estado pensando en el testamento?» Pero se guardó sus sentimientos y se limitó a farfullar un agradecimiento.

—Y ahora —dijo el otro—, ¿cómo me reconoció?

—Por su descripción —fue la réplica.

—¿Quién me describió?

—Tenemos amigos comunes —dijo Mr. Utterson.

—¿Amigos comunes? —repitió Mr. Hyde con aspereza—. ¿Quiénes?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—¡Él no le ha hablado nunca de mí! —gritó Mr. Hyde, iracundo—. Nunca pensé que fuese usted capaz de mentir.

—Vamos —dijo Mr. Utterson—. Ése no es un lenguaje adecuado.

El otro gruñó ruidosamente; al instante, con una extraordinaria rapidez, había abierto la puerta y desaparecido en el interior de la casa.

Tras la desaparición de Mr. Hyde, el abogado permaneció allí unos momentos, como la propia imagen de la inquietud. Luego empezó a remontar lentamente la calle, deteniéndose a cada paso y llevándose la mano a la frente como un hombre en estado de perplejidad mental. El problema con el que se debatía mientras caminaba era de esos que raras veces se re-

suelven. Mr. Hyde era pálido y pequeño; daba una impresión de deformidad sin que se le pudiera señalar ninguna. Se había comportado con el abogado con una mezcla de timidez y audacia, y hablaba con una voz ronca, susurrante, como quebrada; todos estos rasgos eran desfavorables, pero aun así no podían explicar el disgusto, la repugnancia y el miedo con que lo miraba Mr. Utterson. «Tiene que haber algo más —se dijo el perplejo caballero—. Hay algo más, si puedes encontrarle un nombre. ¡Dios me ampare, este hombre apenas parece humano! ¿Podemos decir que hay algo en él de troglodita? ¿O puede tratarse de la vieja historia del doctor Fell³? ¿O es la mera irradiación de un alma terrible que transpira y transfigura la arcilla que la envuelve? Debe de ser esto último; porque, oh, mi pobre y viejo amigo Henry Jekyll, si alguna vez he leído la firma de Satanás en un rostro, es en el de tu nuevo amigo.»

Al doblar la esquina de la callejuela había una plaza de casas antiguas y hermosas que habían perdido su antiguo esplendor, y habían sido alquiladas por pisos y habitaciones a gentes de toda clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, abogados de dudosa ética y agentes de empresas poco conocidas. Sin embargo, una de ellas, la segunda desde la esquina, continuaba ocupada por un solo inquilino; y a la puerta de esta casa, que dejaba tras-

³ Doctor John Fell (1625-1686), obispo de Oxford, un tipo de hombre que despierta antipatía sin un motivo justificado.

lucir un claro aire de lujo y comodidad, aunque ahora estaba sumida en la oscuridad, con excepción de un resplandor en la parte superior, se detuvo Mr. Utterson y llamó. Un viejo mayordomo bien vestido abrió la puerta.

—¿Está el Dr. Jekyll en casa, Poole? —preguntó el abogado.

—Voy a ver, Mr. Utterson —dijo Poole, haciendo pasar al visitante a un amplio y confortable vestíbulo, de techo bajo y pavimento de losas, calentado (a la usanza de las casas de campo) por el fuego brillante de una chimenea, y decorado con lujosos armarios de roble—. ¿Quiere esperar aquí junto al fuego, señor? ¿O prefiere que le encienda una luz en el comedor?

—Aquí, gracias —dijo el abogado, y se acercó y se apoyó en el alto guardafuego.

El vestíbulo donde ahora se encontraba era uno de los caprichos de su amigo el doctor; y el mismo Utterson no habría dudado en describirlo como la estancia más agradable de todo Londres. Pero esa noche corría por sus venas un estremecimiento; el rostro de Hyde no se apartaba de su memoria: sentía (cosa rara en él) náuseas y disgusto por la vida; y su deprimido ánimo intuía amenazas en los reflejos movedizos del fuego sobre las pulidas superficies de los muebles y en las sombras que danzaban en el techo. Se sintió avergonzado de su alivio cuando Poole volvió para decirle que el Dr. Jekyll había salido.

—Vi a Mr. Hyde entrar por la puerta de la antigua sala de disección, Poole —dijo el abogado—. ¿Es eso normal cuando el Dr. Jekyll no está en casa?

—Completamente, Mr. Utterson —contestó el sirviente—. Mr. Hyde tiene una llave.

—Su amo parece tener gran confianza en ese joven, Poole —dijo el abogado, meditabundo.

—Sí, señor, así es —respondió Poole—. Todos tenemos órdenes de obedecerlo.

—No recuerdo haber visto nunca a Mr. Hyde por aquí —dijo Utterson.

—Oh, claro que no, señor. Él nunca cena aquí —contestó el mayordomo—. De hecho, lo vemos muy poco en esta parte de la casa; suele entrar y salir por el laboratorio.

—Bien, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, Mr. Utterson.

El abogado se dirigió a su casa con el corazón afligido. «¡Pobre Henry Jekyll! —pensó—. Mi instinto me dice que se encuentra en un difícil trance. De joven fue atolondrado; ha pasado mucho tiempo desde entonces, sí, pero en la ley de Dios no hay plazos. Debe de tratarse de eso; el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna vergüenza oculta; el castigo que llega con paso lento años después de que la memoria y el egoísmo han perdonado la falta.» Asustado por este pensamiento, el abogado comenzó a resucitar su propio pasado, indagando en los rincones de su memoria, temeroso de que surgiera alguna sorpresa como muñeco movido por

un resorte. Pero su pasado era intachable; pocos hombres podían exhibir la historia de su vida con menos aprensión; sin embargo, se sintió muy humillado por las malas acciones que había cometido, aunque reanimado y profundamente agradecido por las muchas que había estado a punto de cometer, pero que había evitado. Y entonces, retornando a su tema anterior, concibió un rayo de esperanza: «Este señor Hyde, si se investiga su vida, debe de esconder sus propios secretos —pensó—; secretos terribles, a juzgar por su apariencia; secretos en cuya comparación los peores del pobre Jekyll serían como rayos de sol. Las cosas no pueden continuar así. Me dan escalofríos al pensar que esa criatura, deslizándose como un ladrón, puede llegar hasta la cama donde duerme Henry. ¡Pobre Henry, qué horrible despertar! ¡Y qué peligro! Porque si ese Hyde sospecha la existencia del testamento, puede impacientarse por heredarlo. ¡Debo hacer algo..., si Jekyll me lo permite..., eso es, si Jekyll me lo permite!» Y una vez más vio con los ojos de su imaginación, con la nitidez de una transparencia, las extrañas cláusulas del testamento.

El Dr. Jekyll estaba muy tranquilo

Un par de semanas más tarde, por un golpe de fortuna, el doctor ofreció una de las agradables cenas a cinco o seis viejos amigos, todos ellos hombres inteligentes y de renombre, además de catadores expertos de los buenos vinos; y Mr. Utterson se las ingenió para quedarse cuando todos los demás se habían marchado. Esto no era nuevo, sino que había ocurrido muchas veces. Allí donde Utterson era apreciado, se le apreciaba bien. A los anfitriones les agradaba retener al sobrio abogado cuando los comensales más alegres y ligeros de lengua habían cruzado ya el umbral; les gustaba sentarse un rato en su discreta compañía, practicando la soledad, sosegando sus mentes con el expresivo silencio del hombre tras el despilfarro y la tensión de la jovialidad. El Dr. Jekyll no era una excepción a esta regla; y sentado junto a la chimenea, un hombre de cincuenta años, recio y bien formado, sin arrugas en el rostro, quizá con cierto aire de astucia, pero rebo-sante de inteligencia y bondad, se podía ver por su expresión que sentía hacia Mr. Utterson un afecto cordial y franco.

—Deseaba hablarle, Jekyll —comenzó este último—. ¿Recuerda su testamento?

Un sagaz observador tal vez habría notado que el tema no era del agrado del doctor, pero éste lo trató alegremente.

—Mi pobre Utterson —dijo—, es una fatalidad tener un cliente como yo. Jamás vi a un hombre tan apesadumbrado como usted ante mi testamento, exceptuando a ese insufrible pretencioso que se llama Lanyon ante lo que él llama mis herejías científicas. Sí, ya sé que es un buen hombre, no hace falta que arrugue el ceño, un compañero excelente, y siempre quisiera verlo más; pero es un pedante, un pedante ignorante y vocinglero. Ningún hombre me ha decepcionado tanto como Lanyon.

—Sabe que nunca lo aprobé —dijo Utterson, haciendo caso omiso del nuevo tema.

—¿Mi testamento? Sí, claro que lo sé —dijo el doctor, con algo de acritud—. Ya me lo ha dicho.

—Pues se lo vuelvo a decir —continuó el abogado—. He estado averiguando algo concerniente al joven Hyde.

El ancho y hermoso rostro del Dr. Jekyll palideció hasta los labios, y sus ojos se oscurecieron.

—No quiero escuchar más —dijo—. Pensé que estábamos de acuerdo en no volver a hablar del asunto.

—Lo que he oído es deleznable —contestó Utterson.

—Eso no puede cambiar nada. No comprende mi posición —replicó el doctor, con una incoherencia de maneras—. Estoy en una situación lamentable, Utterson; una situación muy extraña..., muy extra-

ña. Es uno de esos asuntos que no se pueden arreglar hablando.

—Jekyll —dijo Utterson—, usted me conoce: soy un hombre en quien se puede confiar. Sea sincero conmigo, y estoy seguro de que podré sacarle del apuro.

—Mi buen Utterson —repuso el doctor—, esto es muy generoso por su parte, tremendamente generoso, y no encuentro palabras para agradecerse. Le creo sin reservas; confiaría en usted antes que en cualquier otro hombre en el mundo, antes que en mí mismo, si pudiese elegir; pero le aseguro que no es lo que usted imagina; no es algo tan malo; y sólo para tranquilizar su buen corazón, le diré una cosa: en el momento en que yo quiera, puedo librarme de Mr. Hyde. Cuenta con mi palabra; y le doy las gracias una vez más; y sólo añadiré unas palabras, Utterson, que estoy seguro entenderá: éste es un asunto privado, y le ruego que lo olvide.

Utterson reflexionó un momento, con la vista puesta en el fuego.

—No me cabe duda de que tiene toda la razón —dijo finalmente, mientras se incorporaba.

—Bien, puesto que hemos tocado este asunto, y espero que por última vez —siguió diciendo el doctor—, me gustaría que entendiera una cosa. Siento un gran interés por el pobre Hyde. Sé que lo ha visto usted, él me lo contó, y me temo que se mostró un poco descortés. Pero, sinceramente, siento gran interés hacia ese joven; y si yo desapareciera por

alguna razón, Utterson, quiero que me prometa que será tolerante con él y de que reciba sus derechos. Creo que lo haría si lo supiera todo; y si me lo prometiera, me quitaría un gran peso de encima.

—No puedo pretender que llegue nunca a gustarme —dijo el abogado.

—No le pido eso —suplicó Jekyll, posando su mano en el brazo del otro—. Sólo quiero justicia; sólo le pido que lo ayude cuando yo no esté.

Utterson exhaló un irreprimible suspiro.

—De acuerdo —dijo—. Lo prometo.

El caso del asesinato de Carew

Casi un año más tarde, en el mes de octubre de 18..., Londres se sobresaltó al tener conocimiento de un crimen de excepcional ferocidad, y que despertó gran interés por la elevada posición de la víctima. Los detalles eran pocos y sorprendentes. Una criada que vivía sola en una casa próxima al río había subido al piso de arriba hacia las once a acostarse. Aunque una niebla espesa había cubierto la ciudad de madrugada, la primera parte de la noche transcurrió despejada, y el camino, sobre el que daba la ventana de la muchacha, aparecía bien iluminado por la luz de la luna llena. Parece que la chica tenía inclinaciones románticas, porque se sentó sobre su baúl, justo debajo de la ventana, y se dejó llevar por sus ensueños. Jamás —solía decir entre lágrimas cada vez que narró aquella experiencia— se había sentido más en paz con los hombres ni había pensado en el mundo con más armonía. Y mientras estaba allí sentada, se percató de que un apuesto caballero de cierta edad y blancos cabellos se acercaba por el camino; y de que otro hombre de baja estatura, a quien al principio no prestó mucha atención, avanzaba hacia él en sentido opuesto. Cuando se encontraron frente a frente —justo bajo los ojos de la mu-

chacha—, el anciano hizo una inclinación y se acercó al otro con exquisita cortesía. No parecía que lo que hablaban fuera de importancia; más bien, y a juzgar por las veces que señaló en una u otra dirección, era como si el otro le estuviera pidiendo que le orientara en su camino; la luna iluminaba su rostro mientras hablaba, y la chica se sintió complacida al observarlo, porque aquellos rasgos parecían respirar una inocencia y una amabilidad a la vieja usanza, pero también una cierta altanería, propia de quien tiene razones para sentirse satisfecho de sí mismo. Fijó luego sus ojos en el otro hombre, y le sorprendió reconocer en él a aquel Mr. Hyde que una vez había visitado a su amo inspirando en ella un sentimiento de repulsión. Este hombre llevaba en la mano un pesado bastón, con el que jugueteaba; pero no se dignaba contestar una sola palabra, y parecía escuchar con una apenas contenida impaciencia. De repente, estalló en un ataque de cólera, pateando el suelo, blandiendo su bastón y comportándose —según lo describió la doncella— como un loco. El anciano caballero, sorprendido y dolido, retrocedió un paso, y en ese momento Mr. Hyde perdió los estribos y golpeó al otro con el bastón hasta derribarlo. Momentos después, y con la rabia de un simio, pateó a su víctima y le molió a palos con tanta violencia que se oían los crujidos de los huesos al romperse mientras su cuerpo rebotaba una y otra vez en la calzada. Ante el horror de lo que estaba viendo y oyendo, la doncella se desmayó.

Eran las dos de la mañana cuando volvió en sí y llamó a la policía. El asesino había desaparecido hacía tiempo; pero allí estaba la víctima, tendida en medio del camino, increíblemente destrozada. El bastón que le había causado la muerte, aunque era de una madera poco común dura y pesada, se había partido en dos bajo la fuerza de aquella insensata crueldad; y una de su astillada mitad había rodado hasta una alcantarilla cercana, mientras que la otra se la había llevado seguramente el asesino. La víctima conservaba un monedero y un reloj de oro; pero ninguna tarjeta ni papeles, excepto un sobre cerrado y franqueado, que probablemente iba a echar al correo y sobre el cual se leía la dirección de Mr. Utterson.

El sobre fue llevado al abogado a la mañana siguiente, antes de que se hubiera levantado; y apenas lo vio y fue informado de las circunstancias del caso, Mr. Utterson dijo en tono solemne:

—No diré una sola palabra hasta que haya visto el cadáver; esto puede ser muy serio. Tengan la bondad de esperar mientras me visto.

Con la misma gravedad desayunó precipitadamente y se dirigió a la comisaría, a la que había sido trasladado el cuerpo de la víctima. En cuanto entró en la sala, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, reconozco a esta persona. Lamento decir que se trata de sir Danvers Carew.

—¡Dios santo, señor! ¿Es posible? —exclamó el oficial; al momento sus ojos se iluminaron con un

destello de ambición profesional—. Esto va a provocar mucho ruido, y tal vez usted pueda ayudarme a encontrar al asesino.

Le contó brevemente lo que la muchacha había visto y le mostró el trozo de bastón.

Mr. Utterson sintió una sacudida cuando oyó el nombre de Hyde; pero cuando vio el bastón, no tuvo la menor duda: roto y astillado como estaba, lo reconoció como el bastón que él mismo le había regalado años atrás a Henry Jekyll.

—¿Mr. Hyde es una persona de pequeña estatura? —preguntó.

—Singularmente baja y de aspecto particularmente repulsivo; así es como lo ha descrito la doncella —respondió el oficial.

Mr. Utterson reflexionó; luego, levantando la cabeza, dijo:

—Si quiere subir a mi coche, creo que puedo llevarlo hasta la casa de Hyde.

Serían por entonces las nueve de la mañana y las primeras nieblas de la estación cubrían la ciudad. Un gran velo de color chocolate se extendía por el cielo, pero el viento soplaba continuamente contra él y lo dispersaba, de manera que mientras el carruaje avanzaba calle tras calle, Mr. Utterson observó una fantástica sucesión de matices y tonalidades que la difusa luz iba dibujando; aquí reinaba una oscuridad de noche cerrada; allí, una luminosidad viva y brillante, como el reflejo de un incendio; y más allá, de nuevo, la niebla desgarrada daba paso

a la pálida luz del día que, como un dardo, penetraba entre sus destrozados jirones. El triste barrio del Soho, visto a través de aquellos cambiantes destellos, con sus fangosas calles, sus desaseados transeúntes y sus farolas, que no habían sido apagadas o habían sido encendidas de nuevo para combatir esa invasión de la oscuridad, parecía, a los ojos del abogado, como el barrio de alguna ciudad de pesadilla. Tampoco sus pensamientos eran menos lóbregos; y cuando miró a su compañero de viaje, sintió el terror hacia la ley y sus agentes que en ocasiones asalta incluso al más honrado.

Cuando el coche se detuvo ante la casa, la niebla se levantó un poco y mostró al abogado una calle sucia, una taberna, una miserable casa de comidas francesa, una tienda que vendía numerosos artículos a un penique y ensaladas a dos peniques, muchos niños harapientos acurrucados en los quicios de las puertas y mujeres de diferentes nacionalidades, que iban y venían de un lado para otro, llave en mano, a tomar su primer trago de la mañana; y al instante, la niebla volvió a cerrar sobre aquel escenario con un manto oscuro de sombra, y dejó al abogado aislado de aquel miserable entorno. Aquél era el hogar del favorito de Henry Jekyll; de un hombre que había de heredar un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una vieja de cara amarillenta y cabellos plateados abrió la puerta. Tenía una expresión perversa difuminada por la hipocresía, pero sus modales eran excelentes. Sí, dijo, aquélla era la casa de Mr. Hyde,

pero él no estaba; había vuelto muy tarde aquella noche, pero había vuelto a salir antes de que transcurriera una hora; no era nada extraño, pues sus hábitos eran muy irregulares, y se ausentaba con frecuencia; por ejemplo, hasta el día de ayer, llevaba casi dos meses sin verlo.

—Muy bien, entonces queremos echar un vistazo a sus habitaciones —dijo el abogado; y cuando la mujer empezó a decir que eso era imposible, añadió—: Será mejor que le diga quién es este señor que me acompaña. Es el inspector Newcomen de Scotland Yard.

Un destello de detestable alegría recorrió el rostro de la mujer.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Así que se ha metido en un lío! ¿Qué ha hecho ahora?

Mr. Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

—Al parecer, no goza de muchas simpatías —observó este último—. Y ahora, buena mujer, deje que este caballero y yo echemos una ojeada.

De toda la casa, que según la vieja mujer estaba vacía, Mr. Hyde sólo había hecho uso de dos habitaciones; pero éstas habían sido amuebladas con lujo y buen gusto. Había un armario lleno de vino; la vajilla era de plata y la mantelería, elegante; un buen cuadro colgaba de una de las paredes, regalo —supuso Utterson— de Henry Jekyll, que era un entendido en arte; y las alfombras eran tupidas y de agradable colorido. En ese momento, sin embargo, las

habitaciones tenían el aspecto de haber sido revueltas recientemente de manera precipitada: ropa desperdigada por el suelo, con los bolsillos vueltos hacia fuera; cajones que se cerraban con llave estaban ahora abiertos; y en la chimenea, un montón de cenizas, como si muchos documentos se hubieran quemado en ella. De entre las cenizas, el inspector desenterró el extremo de un talonario verde que había resistido la acción del fuego; la otra mitad del bastón apareció detrás de la puerta; y como esto confirmaba sus sospechas, el inspector se sintió satisfecho. Una visita al banco, donde descubrieron que el asesino tenía un saldo a su favor de varios miles de libras, colmó su satisfacción.

—Puede estar seguro, señor —le dijo a Mr. Uttersson—. Lo tengo en mis manos. Ha debido de perder la cabeza porque si no, nunca habría dejado allí el bastón, y menos aún quemado el libro de cheques. Sin dinero no se puede vivir. No tenemos más que esperarlo en el banco y ponerle las esposas.

Esto último, sin embargo, no fue fácil; porque las personas familiarizadas con Mr. Hyde eran pocas (incluso el señor al que servía la criada lo había visto sólo en un par de ocasiones). No hubo forma de hallar a su familia; jamás se había fotografiado; y las descripciones que de él daban los pocos que podían hacerlo diferían entre sí, como suele pasar. Sólo en una cosa coincidían todos: la inquietante sensación de cosa deforme que el fugitivo producía en cuantos lo veían.

El incidente de la carta

Eran las últimas horas de la tarde cuando Mr. Utterson se dirigió a la puerta del domicilio del Dr. Jekyll, donde Poole le hizo pasar enseguida y lo condujo por las dependencias de la cocina y un patio que hace tiempo había sido un jardín, hasta el edificio conocido como laboratorio o sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un reputado cirujano; y al sentirse más inclinado por la química que por la anatomía, dio otra función al edificio que había en el fondo del jardín. Era la primera vez que el abogado era recibido en aquella parte de la residencia de su amigo; observó con curiosidad la descuidada construcción sin ventanas y miró a su alrededor con una desagradable sensación de extrañeza mientras cruzaba el anfiteatro, en otros tiempos repleto de estudiantes ansiosos por aprender y ahora vacío y silencioso; las mesas estaban llenas de aparatos de química; cajas vacías se veían esparcidas por el suelo y la paja de embalar formaba en él una espesa capa, y una débil luz se filtraba por una cúpula. Al fondo de la sala, unas escaleras subían hasta una puerta tapizada de tela roja; y al atravesarla, Mr. Utterson se encontró en el gabinete del doctor. Era una habitación amplia, ro-

deada de armarios con puertas de cristal y amueblada, entre otras cosas, con un espejo basculante y una mesa escritorio que miraba al patio por tres ventanas polvorientas con rejas de hierro. Ardía un fuego en la chimenea; sobre su repisa había una lámpara encendida, pues hasta en el interior de las casas empezaba a infiltrarse la niebla; y allí, cerca del fuego, estaba sentado el Dr. Jekyll, con aspecto de hallarse mortalmente enfermo. No se puso en pie para saludar a su visitante, sino que se limitó a alargarle una fría mano y le dio la bienvenida con una voz que no parecía la suya.

—Bien —dijo Mr. Utterson en cuanto Poole los dejó solos—, ¿ha oído la noticia?

El doctor se estremeció.

—La estaban voceando en la plaza —dijo—. La oí desde el comedor.

—Un momento —dijo el abogado—. Carew era cliente mío, pero también lo es usted, y me gustaría saber el terreno que piso. Espero que no haya cometido la locura de ocultar a ese individuo.

—¡Utterson! —exclamó el doctor—. ¡Le juro por Dios que jamás volveré a mirarlo! Le doy mi palabra de que he terminado con él para siempre. Todo ha acabado. Además, él no quiere mi ayuda; usted no lo conoce como yo; él se encuentra a salvo, completamente a salvo; acuérdesse de lo que le digo: nunca se volverá a oír hablar de él.

El abogado lo escuchaba con aire lóbrego; no le gustaban aquellas maneras febriles de su amigo.

—Parece estar muy seguro al respecto —dijo—, y por su propio bien espero que esté en lo cierto. Si se llega a juicio, podría aparecer su nombre.

—Estoy totalmente seguro de lo que digo —dijo Jekyll—. Tengo razones para ello que no puedo compartir con nadie. Pero hay una cosa sobre la que puede aconsejarme. He recibido una carta, y no estoy seguro de que deba enseñársela a la policía. Me gustaría dejarla en sus manos, Utterson; usted sabrá juzgar sabiamente, estoy seguro; tengo mucha confianza en usted.

—¿Teme que esa carta pudiera conducir a su detención? —preguntó el abogado.

—No —dijo el doctor—. Mentiría si dijera que me preocupa lo que le pueda suceder a Hyde; he terminado definitivamente con él. Estaba pensando en mi propia reputación, que a tantos peligros ha quedado expuesta con este detestable asunto.

Utterson meditó unos instantes; estaba sorprendido por el egoísmo de su amigo, aunque también aliviado por ello.

—Está bien —dijo al fin—, déjeme ver la carta.

La carta estaba escrita con una letra singular y recta, y firmada por «Edward Hyde»; venía a decir, brevemente, que su benefactor, el Dr. Jekyll, a quien tan mal venía pagando desde hacía tiempo por sus miles de favores, no tenía que preocuparse por su seguridad, dado que disponía de medios seguros para escapar. La lectura de esta carta produjo en el abogado una enorme satisfacción; presentaba la in-

timidad entre Jekyll y Hyde con mejor color de lo que había imaginado, y censuró algunas de sus pasadas sospechas.

—¿Tiene el sobre? —preguntó.

—Lo quemé —respondió Jekyll— antes de darme cuenta de lo que trataba. Pero no traía sello. La nota fue entregada en mano.

—¿Quiere que me la guarde y consultar sobre ella con la almohada?

—Quiero que usted decida por mí —fue la respuesta—. He perdido la confianza en mí mismo.

—Bien, pensaré en ello —dijo el abogado—. Y ahora una cosa más: ¿fue Hyde quien dictó los términos del testamento acerca de su posible desaparición?

El doctor pareció que iba a desmayarse; apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Tenía intención de asesinarlo. De buena se ha escapado.

—He aprendido mucho más de lo que esperaba —respondió solemnemente el doctor—. He recibido una lección. ¡Dios mío, Utterson, qué lección!

Y se cubrió la cara con las manos.

Al salir, el abogado se detuvo para hablar con Poole.

—Por cierto —dijo—, hoy han traído una carta en mano. ¿Cómo era el mensajero que la entregó?

Poole contestó con seguridad que no había llegado nada, excepto el correo.

—Y sólo eran circulares —añadió.



He recibido una carta, y no estoy seguro de que deba enseñársela a la policía.

Esta noticia renovó los temores del abogado. Estaba claro que la carta había sido entregada por la puerta del laboratorio; e incluso podría haber sido escrita en el gabinete; y si era así, el asunto adquiriría un cariz distinto, y debía ser tratado con más cautela. Cuando caminaba por la calle, los repartidores de periódicos gritaban por las aceras: «¡Edición especial! ¡Deplorable asesinato de un miembro del Parlamento!» Aquella era la oración fúnebre de un amigo y cliente, y no pudo evitar cierta aprensión de que el buen nombre de otro amigo se viese arrastrado por el torbellino que había de provocar aquel escándalo. Era una decisión difícil; y aunque habitualmente era un hombre que confiaba en sí mismo, esta vez empezó a considerar la idea de pedir consejo. No podía hacerlo directamente, pero sí de manera sutil.

Poco después se hallaba sentado al lado de su chimenea, con Mr. Guest, el encargado de su bufete, en el otro extremo, y entre los dos, a una calculada distancia del fuego, una botella de un vino especialmente añejo que desde hacía años reposaba en la bodega de la casa. La niebla seguía extendiendo sus alas sobre la húmeda ciudad, donde las farolas de gas brillaban como carbúnculos; y bajo aquellas algodonosas nubes caídas, la procesión de la vida de la ciudad seguía su curso por las grandes arterias con un ruido semejante al de un lejano viento. Pero la habitación estaba alegre con el fuego de la chimenea. Los ácidos de la botella se habían disipado con el tiempo, el color de las vidrieras había ganado intensidad y el resplandor de las templa-

das tardes otoñales en los viñedos de las laderas no tardaría en aparecer y dispersar las nieblas de Londres. Sin darse cuenta, el abogado se fue ablandando. No había ningún hombre para quien Mr. Utterson tuviera menos secretos que para Mr. Guest; y ni siquiera estaba seguro de que no le confiaba algunos de los que quería guardar. Guest había ido muchas veces a casa del doctor por asuntos de negocios; conocía a Poole, y era casi imposible que no hubiera oído hablar de la familiaridad con que Mr. Hyde entraba y salía de la casa; podría haber sacado conclusiones; ¿no era adecuado, pues, que viese una carta que podría esclarecer ese misterio? Y por encima de todo, dado que Guest era un gran estudioso de la caligrafía, ¿no tomaría esta consulta como algo natural y atento? Su empleado, además, era un buen consejero; era difícil que leyera un documento tan singular sin hacer ninguna observación; y con esa observación, Mr. Utterson podía configurar sus futuras acciones.

—Triste asunto el de sir Danvers —dijo.

—Sí, así es —respondió Guest—. Ha despertado un clamor entre la gente. El asesino, claro, estaba loco.

—Me gustaría saber lo que opina usted sobre esto —replicó Utterson—. Tengo aquí un documento manuscrito; pero debe quedar entre nosotros, porque aún no sé qué hacer con él; en el mejor de los casos, es un asunto feo. Pero aquí está; entra en sus competencias: el autógrafo del asesino.

Los ojos de Guest brillaron, se sentó y se puso inmediatamente a estudiarlo con pasión.

—No, señor —dijo—. No está loco; pero es una letra singular.

—Tan singular como el que la ha escrito.

Justo en ese momento entró el sirviente con una nota.

—¿Es del Dr. Jekyll, señor? —preguntó el empleado—. Creí reconocer la letra. ¿O es algo privado, Mr. Utterson?

—No es más que una invitación para cenar. ¿Por qué? ¿Le gustaría verla?

—Sólo un momento. Se lo agradezco, señor.

El empleado extendió sobre la mesa las dos hojas de papel y comparó con cuidado su contenido.

—Gracias, señor —dijo al fin—, es un autógrafo muy interesante.

Hubo una pausa, durante la cual Mr. Utterson se debatió consigo mismo.

—¿Por qué las ha comparado, Guest? —preguntó de pronto.

—Bien, señor —contestó el empleado—, hay entre ellas una semejanza muy singular; las dos escrituras son idénticas en muchos puntos y sólo difieren en la inclinación de la letra.

—Es bastante curioso —afirmó Utterson.

—En efecto, como usted dice, es bastante curioso.

—Yo no diría nada de esta carta, ¿entiende? —dijo el abogado.

—Desde luego, señor —respondió el empleado—. Lo entiendo.

Pero en cuanto Mr. Utterson se quedó solo aquella noche, guardó la carta en su caja fuerte, donde

reposa desde entonces. «¡Cómo! —pensó—. ¡Henry Jekyll falsificando una carta para proteger a un asesino!» Y la sangre se heló en sus venas.

El notable incidente del Dr. Lanyon

El tiempo pasaba, se ofrecieron miles de libras de recompensa, porque la muerte de sir Danvers fue tomada como una afrenta pública; pero Mr. Hyde había desaparecido del alcance de la policía como si jamás hubiese existido. Se aireó gran parte de su pasado, que no podía ser más vergonzoso: vieron la luz historias sobre su crueldad, un ser insensible y violento, de su abyecta vida, de sus extraños socios, del odio que parecía haberle acompañado siempre; pero de sus andanzas actuales, ni una palabra. Desde el momento en que abandonó la casa del Soho la mañana siguiente del crimen, simplemente se había esfumado; y gradualmente, con el paso del tiempo, Mr. Utterson comenzó a recuperarse de su intensa alarma y a tranquilizarse más. La muerte de sir Danvers, a su juicio, había quedado más que compensada con la desaparición de Mr. Hyde. Ahora que su mala influencia se había desvanecido, se inició una nueva vida para el Dr. Jekyll. Abandonó su reclusión, renovó las relaciones con sus amigos y volvió a ser el invitado y anfitrión familiar; y si antes se había ganado una merecida fama de hombre caritativo, ahora no fue menor la de persona religiosa. Llevaba una vida activa, disfrutaba del aire libre,

hacía el bien; su rostro parecía más franco e iluminado, como si reflejara un íntimo convencimiento de utilidad para los demás; y durante más de dos meses, el doctor vivió en paz.

El 8 de enero, Mr. Utterson había cenado en casa del doctor junto a un reducido grupo de amigos, entre los que se encontraba Lanyon; la mirada del anfitrión iba de uno a otro, como en los viejos tiempos, cuando formaban un trío de inseparables amigos. Pero el día 12, y de nuevo el 14, se cerraron las puertas para el abogado. «El doctor está encerrado en casa —dijo Poole— y no quiere ver a nadie.» El 15 volvió a intentarlo, y fue rechazado de nuevo; acostumbrado como estaba en los dos últimos meses a encontrarse con su amigo casi a diario, este regreso a la soledad pesó como una losa sobre su espíritu. La quinta noche invitó a Guest a cenar, y la sexta se dirigió a casa del Dr. Lanyon.

Allí al menos no le negaron el acceso; pero cuando entró, quedó impresionado ante el cambio que se había producido en el aspecto de su amigo. En su rostro podían verse inequívocas señales de muerte. Su tez rubicunda se había vuelto pálida; estaba más delgado; ahora era un hombre visiblemente calvo y envejecido; y sin embargo, no fueron estas señales de rápida decadencia física las que más alarmaron al abogado, sino la expresión de su mirada y algo en sus maneras que revelaban un hondo terror en su mente. No era probable que el doctor tuviera miedo a la muerte; no obstante, era eso lo que Utterson se

sintió inclinado a pensar. «Sí, es médico, conoce su propio estado y sabe que sus días están contados; y eso es más de lo que puede soportar.» Pero cuando Utterson hizo referencia a su mal aspecto, Lanyon no dudó en afirmar con firmeza que era un hombre condenado.

—He recibido una fuerte impresión y nunca me recuperaré —dijo—. Es cuestión de semanas. Bueno, la vida ha sido placentera; he disfrutado de ella; sí, señor; me había acostumbrado a saborearla. Pienso a veces que si supiéramos todo, nos sentiríamos más alegres al abandonarla.

—Jekyll también está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo ha visto?

El rostro de Lanyon se transformó mientras alzaba una mano temblorosa.

—No quiero ver más al Dr. Jekyll ni oír hablar de él —dijo con voz fuerte y entrecortada—. He acabado por completo con él; y le suplico que suprima cualquier alusión a una persona que considero muerta.

—¡Vaya! —exclamó Mr. Utterson; y tras una considerable pausa preguntó—: ¿No puedo hacer nada? Los tres somos muy viejos amigos, Lanyon; no viviremos para hacer otros nuevos.

—No hay nada que hacer —contestó Lanyon—. Pregúnteselo a él.

—No quiere verme —dijo el abogado.

—No me sorprende —fue la réplica—. Algún día, Utterson, después de mi muerte, tal vez llegue

a enterarse de la verdad de lo ocurrido; yo no puedo revelársela. Mientras tanto, si quiere sentarse y hablar conmigo de otras cosas, por el amor de Dios, hágalo; pero si le es imposible olvidar este maldito asunto, entonces, por Dios, márchese, porque no puedo soportarlo.

Tan pronto como llegó a su casa, Utterson se sentó a escribir a Jekyll, quejándose de que lo excluyese de su casa y preguntándole por la razón de aquella lamentable ruptura con Lanyon; y al día siguiente recibió una larga respuesta, en la que párrafos extremadamente patéticos se alternaban con otros misteriosamente oscuros. La ruptura con Lanyon era irreversible. «No reniego de nuestro viejo amigo —escribía Jekyll—, pero estoy de acuerdo con él en que nunca debemos volver a vernos. De aquí en adelante pienso llevar una vida de extrema reclusión; no debe sorprenderse, ni tampoco dudar de mi amistad si mi puerta permanece cerrada aun para usted. Debe permitir que yo siga mi propio y oscuro camino, pues he atraído sobre mí un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el más grande de los pecadores, soy también el mayor de los sufridores; jamás pude imaginar que en esta tierra hubiese lugar para sufrimientos y terrores tan inhumanos; y Utterson, sólo puede hacer una cosa para aliviar este destino: respetar mi silencio.» Utterson estaba conmovido; la perversa influencia de Hyde había desaparecido, el doctor había vuelto a sus habituales tareas y amistades; hacía una semana todo pare-

cía sonreírle con la perspectiva de una vejez feliz y honorable; y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, amistad, paz de espíritu y toda su vida se venían abajo. Tan grande y repentino cambio apuntaba a la locura; pero, a juzgar por la actitud y las palabras de Lanyon, la razón de ese mal debía de ser mucho más profunda.

Una semana más tarde, el Dr. Lanyon cayó en cama, y en algo menos de quince días estaba muerto. La noche que siguió al funeral, a cuya ceremonia había asistido terriblemente afectado, Utterson se encerró con llave en su despacho y, sentado a la melancólica luz de una vela, extrajo de su cajón y puso encima de la mesa un sobre escrito de puño y letra de su difunto amigo y lacrado con su sello, cuyo mensaje, enfáticamente subrayado, decía: «*Privado*: entregar “sólo” en manos de J. G. Utterson y, si éste hubiese fallecido, para que “sea destruido sin leer”»; y el abogado se estremeció con sólo imaginar el contenido. «Hoy he enterrado a un apreciado amigo —pensó—. ¿No irá esto a hacerme perder otro?» Pero luego condenó aquel temor como señal de deslealtad, y rompió el sello. Dentro había otro sobre, igualmente sellado, en el que se leía: «No abrir hasta la muerte o desaparición del Dr. Jekyll.» Utterson no daba crédito a sus ojos. Sí, hablaba de desaparición; aquí también, como en el loco testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor, surgía la idea de una desaparición ligada al nombre de Henry Jekyll. Aunque en el testamento esta idea había surgido bajo la siniestra

sugerencia de Hyde, pues su presencia allí respondía a una clara y terrible intención. Escrita por la mano de Lanyon, ¿qué significado tenía? Sintió una curiosidad tan grande que estuvo a punto de rechazar la prohibición y llegar de una vez hasta el fondo de aquellos misterios; pero el honor profesional y el respeto a su amigo muerto eran obligaciones inapelables; y el sobre fue depositado en el rincón más seguro de su caja fuerte.

Pero una cosa es reprimir la curiosidad y otra distinta vencerla; y no es seguro que a partir de ese día Utterson buscara con el mismo ahínco la compañía de su amigo superviviente. Pensaba en él con cariño, pero con una mezcla de intranquilidad y temor. Fue a visitarlo, claro; pero se sentía aliviado cuando se le negaba la entrada; quizá, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en los escalones de la entrada, rodeado por el aire y los sonidos de la ciudad abierta, antes que ser admitido en aquella casa de reclusión voluntaria y sentarse a hablar con su inescrutable prisionero. Poole no tenía muy buenas noticias que comunicar. Al parecer, ahora más que nunca el doctor permanecía confinado en el despacho que tenía encima del laboratorio, donde a veces incluso dormía; estaba muy deprimido, se había vuelto muy callado y casi no leía: daba la impresión de que tenía un peso en el alma. Utterson se habituó de tal manera al invariable carácter de estos informes, que acabó espaciando, poco a poco, la frecuencia de sus visitas.

El incidente de la ventana

Un domingo, cuando Mr. Utterson daba su habitual paseo con Mr. Enfield, el camino los llevó hasta la callejuela; y al llegar junto a la puerta, ambos se detuvieron para mirarla.

—Bueno —dijo Enfield—, al menos se acabó aquella historia. Nunca volveremos a ver a Mr. Hyde.

—Espero que no —contestó Utterson—. ¿Le he dicho que una vez me encontré con él y que experimenté su mismo sentimiento de repulsión?

—Era imposible verlo y no experimentarlo —replicó Enfield—. Y, a propósito, ¿me tomaría por un estúpido al no averiguar que ésta era la puerta trasera de la casa del Dr. Jekyll! Usted fue en parte culpable de que lo averiguara por fin.

—De manera que por fin lo ha averiguado —dijo Utterson—. En ese caso podemos entrar en la plazoleta y echar un vistazo a las ventanas. En verdad, estoy preocupado por el pobre Jekyll; y tengo la sensación de que, aun desde fuera, la presencia de un amigo podría reconfortarlo.

La plazoleta estaba muy fría y algo húmeda; la había invadido un crepúsculo prematuro, aunque allá arriba el cielo seguía brillante con la puesta de sol. De las tres ventanas, la del centro estaba entre-

abierta; y sentado junto a ella, tomando el aire con expresión de tristeza infinita, como un prisionero apenado, Utterson vio al Dr. Jekyll.

—¿Qué tal, Jekyll? —gritó—. Espero que esté mejor.

—Estoy deprimido, Utterson —contestó el doctor con tristeza—. No duraré mucho tiempo, gracias a Dios.

—Pasa demasiado tiempo en casa —dijo el abogado—. Debería salir, activar la circulación de la sangre, como hacemos Mr. Enfield y yo. Le presento a mi primo, Mr. Enfield... Mr. Jekyll... Vamos, coja su sombrero y dé una vuelta con nosotros.

—Es usted muy bueno —suspiró Jekyll—. Me gustaría mucho; pero no, es totalmente imposible; no me atrevo. Aunque de verdad, Utterson, estoy encantado de verlo; es realmente un gran placer; les pediría a Mr. Enfield y a usted que subieran, pero el lugar no está como para recibir a nadie.

—Entonces —dijo el abogado en tono cordial—, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí y hablar con usted desde donde estamos.

—Eso es justamente lo que estaba a punto de proponerles —replicó el doctor con una sonrisa.

Pero antes de que terminara estas palabras, la sonrisa desapareció de su rostro y dio paso a una expresión de horror y desesperación tan abyecta que heló la sangre en las venas de los dos caballeros. Sólo lo vieron un instante, pues la ventana se cerró inmediatamente; pero aquel atisbo había sido

suficiente, y ambos dejaron la plaza sin decir palabra. En silencio también recorrieron la callejuela; y no fue hasta que llegaron a la vecina calle principal, en la que incluso en domingo había señales de vida, que Mr. Utterson se volvió al fin y miró a su compañero. Los dos estaban pálidos; había un profundo terror en sus ojos.

—¡Que Dios nos asista! ¡Que Dios nos asista!
—exclamó Mr. Utterson.

Pero Mr. Enfield sólo acertó a asentir con la cabeza y siguieron caminando otra vez en silencio.

La última noche

Mr. Utterson estaba sentado junto al fuego después de cenar, cuando le sorprendió recibir la visita de Poole.

—Vaya, Poole, ¿qué le trae por aquí? —exclamó; luego, echándole otro vistazo, añadió—: ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo el doctor?

—Mr. Utterson —dijo el hombre—, hay algo que no va bien.

—Siéntese y beba un vaso de vino —dijo el abogado—. Y ahora, tómese el tiempo que necesite y dígame sin rodeos lo que pasa.

—Usted ya conoce los hábitos del doctor —dijo Poole— y cómo suele encerrarse sin recibir a nadie. Pues bien, ha vuelto a hacerlo en su gabinete; y no me gusta, señor. ¡Que me muera si me gusta! Mr. Utterson, tengo miedo.

—Tranquilo, hombre —dijo el abogado—, sea explícito. ¿De qué tiene miedo?

—Hace una semana que tengo miedo —contestó Poole, esquivando con tenacidad la pregunta—, y no puedo soportarlo más.

El aspecto del hombre confirmaba ampliamente sus palabras; sus modales habían empeorado; y salvo el momento en que por primera vez había comu-

nicado su terror, ni una sola vez había mirado al abogado a la cara. Incluso ahora seguía sentado con el vaso de vino sin probar sobre sus rodillas, y los ojos fijos en un rincón del suelo.

—No puedo soportarlo más —repitió.

—Vamos —dijo el abogado—, ya veo que tiene una buena razón; debe de tratarse de algo importante. Intente decirme qué ocurre.

—Creo que alguien ha jugado sucio —dijo Poole con voz ronca.

—¿Juego sucio? —exclamó el abogado alarmado y, por tanto, inclinado a la irritación—. ¿Qué juego sucio? ¿Qué quiere decir?

—No me atrevo a decirlo, señor —fue la respuesta—; pero ¿quiere venir conmigo y verlo por sí mismo?

La única respuesta de Mr. Utterson fue levantarse y coger su sombrero y su abrigo; pero vio con asombro el enorme alivio que apareció en el rostro del mayordomo y, con no menor sorpresa, que el vaso de vino permanecía intacto cuando lo dejó para seguirlo.

Era una desagradable y fría noche de marzo, con una pálida luna que estaba de espaldas, como si la hubiera volcado el viento, y con un mar de nubes de la más diáfana textura. El viento dificultaba el habla y agolpaba la sangre en la cara. Parecía haber barrido las calles inusualmente despejadas de transeúntes; porque Mr. Utterson pensó que no había visto nunca aquella parte de Londres tan desierta. Hubiera deseado que fuese de otra forma; nunca en la

vida había sido consciente de un deseo tan intenso de ver y tocar a sus semejantes; porque, por mucho que se esforzara, había surgido en su mente el abrumador presentimiento de una calamidad. La plaza, cuando llegaron a ella, era un remolino de viento y polvo, y los finos arbolillos del jardín azotaban la verja con sus ramas. Poole, que durante todo el camino se había mantenido uno o dos pasos por delante, se detuvo en mitad de la calzada y, a pesar de la crudeza del tiempo, se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente con un pañuelo rojo. Pero a pesar de lo deprisa que habían caminado, lo que enjugó no era el sudor del ejercicio físico, sino la humedad de la atenazadora angustia que lo ahogaba; porque su cara estaba lívida y su voz, cuando habló, era áspera y rota.

—Bien, señor —dijo—, ya hemos llegado, y quiera Dios que no haya ocurrido nada malo.

—Amén —dijo el abogado.

Después, el sirviente llamó a la puerta con cautela; ésta se abrió, y quedó sujeta por la cadena; y una voz preguntó desde dentro:

—¿Eres tú, Poole?

—Sí —dijo Poole—. Abrid.

El vestíbulo, cuando entraron, estaba brillantemente iluminado; el fuego ardía con intensidad, y todos los sirvientes, hombres y mujeres, se apiñaban alrededor como un rebaño de ovejas. Al ver a Mr. Utterson, la doncella estalló en histéricos sollozos; y la cocinera, mientras gritaba «¡Bendito sea

Dios! Es Mr. Utterson», corrió hacia él como si fuera a abrazarlo.

—Pero ¿qué es esto? ¿Estáis todos aquí? —dijo el abogado con tono irritado—. Su comportamiento es muy irregular, impropio; no le va a agradar a vuestro amo.

—Están asustados —dijo Poole.

Siguió un siniestro silencio, sin que nadie protestase; sólo la doncella alzó la voz para llorar estrepitosamente.

—¡Calla! —le dijo Poole, con un tono tan feroz que delataba el mal estado de sus nervios. Lo cierto es que cuando la joven elevó de pronto el tono de sus lamentos, todos se habían sobresaltado y se habían vuelto hacia la puerta interior con rostros de horrible expectación.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al pinche—, tráeme una vela, y abordaremos el asunto enseguida.

Entonces rogó a Mr. Utterson que lo siguiera y lo condujo a través del jardín interior.

—Ahora, señor —dijo—, camine con el mayor sigilo posible. Quiero que escuche, pero no quiero que sea escuchado. Y si por casualidad le pidiera a usted que entrara, no lo haga.

Los nervios de Mr. Utterson experimentaron ante estas palabras una sacudida que casi le hizo perder el equilibrio; pero recuperó el valor y siguió al mayordomo al edificio del laboratorio y a través de la sala de disección, con sus montones de cajas y bote-

llas, hasta el pie de la escalera. Allí Poole le hizo señas para que permaneciera a un lado y escuchara; mientras él, dejando la vela en el suelo y haciendo un enorme y evidente acopio de valor, subió los escalones y golpeó con mano insegura la puerta, revestida de tela roja, del gabinete.

—Mr. Utterson, señor, desea verlo —anunció, mientras hacía señas al abogado para que prestase atención.

Una voz quejumbrosa respondió desde dentro:

—Dígale que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor —contestó Poole, con una nota en su voz parecida a un triunfo; después, cogiendo su vela, condujo a Mr. Utterson por el patio hasta la cocina principal, en la que el fuego se había apagado y las cucarachas saltaban por el suelo.

—Señor —dijo, mirando a los ojos a Mr. Utterson—, ¿era ésa la voz de mi amo?

—Parece muy cambiada —respondió el abogado, muy pálido, pero devolviendo la mirada.

—¿Cambiada? Bien, sí, lo creo —dijo el mayordomo—. ¿He servido veinte años en la casa de este hombre para que pueda confundir su voz? No, señor; a mi amo lo han asesinado; lo asesinaron hace ocho días, cuando le oímos gritar el nombre de Dios. ¡Y quién está ahí en su lugar y por qué es algo que clama al cielo, Mr. Utterson!

—Es una historia singular, Poole; una historia descabellada —dijo Mr. Utterson, mordiéndose el dedo—. Admitamos que ha ocurrido lo que usted supone; si el

Dr. Jekyll ha sido... asesinado, ¿qué puede inducir al asesino a permanecer en la casa? Eso no se tiene en pie; no hay razón que la justifique.

—Bien, Mr. Utterson, es usted un hombre difícil de convencer, pero aun así lo conseguiré —dijo Poole—. Durante toda la semana pasada (es necesario que lo sepa), él, o lo que sea que está viviendo en ese despacho, ha estado pidiendo a gritos noche y día algún tipo de medicina y no se satisface con la que le traen. En ocasiones suele adoptar la antigua costumbre del amo, quiero decir, de escribir sus órdenes en un papel y dejarlo en la escalera. No hemos encontrado nada durante toda la semana; sólo papeles y una puerta cerrada, y hasta hemos tenido que dejarle las comidas en la escalera para que él las metiera dentro a escondidas. Bien, señor, cada día, y hasta dos o tres veces, he recibido órdenes y quejas, y me han obligado a salir a toda prisa para visitar todas las casas de productos farmacéuticos al por mayor de la ciudad. Cada vez que volvía con el encargo, había otro papel con la orden de devolverlo porque no era puro, y una nueva orden de compra para una farmacia distinta. No sé para qué puede servir esa droga que pide, señor, pero sea lo que sea la necesita desesperadamente.

—¿Tiene usted alguno de esos papeles? —preguntó Mr. Utterson.

Poole buscó en su bolsillo y sacó una arrugada nota, que el abogado, acercándose más a la luz de la vela, escrutó cuidadosamente. Su contenido decía:

«El Dr. Jekyll presenta sus respetos a los señores Maw, y les asegura que la última muestra es impura e inútil para su actual fin. En el año 18..., el Dr. Jekyll les compró una buena cantidad, por lo que ahora les ruega que busquen con el mayor cuidado por si quedase algún resto de aquel producto y que se lo envíen lo antes posible. No reparen en gastos. Es difícil exagerar la importancia que esto tiene para el Dr. Jekyll.» Hasta aquí la carta había sido redactada con serenidad; pero en este punto, con unas repentinas salpicaduras de tinta, se desataba la emoción del escritor, añadiendo: «¡Por el amor de Dios! Encuéntrenme un poco de la antigua!»

—Es una nota singular —dijo Mr. Utterson, y luego preguntó con aspereza—: ¿Cómo es que la ha abierto?

—El empleado de Maw se enfadó mucho, señor, y me la devolvió como el que tira algo a la basura —respondió Poole.

—Ésta es desde luego la letra del doctor, ¿no es así? —inquirió el abogado.

—Me pareció que sí —dijo el sirviente de mala gana. Y de pronto, cambiando el tono de voz, añadió—: Pero ¿qué importancia tiene la letra, si lo he visto a él?

—¿Que lo ha visto? —repitió Mr. Utterson—. ¿Cómo fue?

—Fue así —dijo Poole—: Entré de repente en el anfiteatro cuando volvía del jardín. Parece que él había salido en busca de su droga, o lo que fuese,

porque la puerta de su gabinete estaba abierta, y lo vi rebuscando entre las cajas, al extremo de la sala. Levantó la vista cuando entré, lanzó una especie de grito y corrió escaleras arriba hacia el gabinete. Apenas lo vi un minuto, pero se me pusieron los pelos de punta. Señor, si aquello era mi amo, ¿por qué llevaba una máscara sobre su cara? Si era mi amo, ¿por qué chilló como una rata y huyó de mí? He estado a su servicio durante muchos años. Además... —el hombre hizo una pausa y se pasó la mano por la cara.

—Todo esto es muy extraño —dijo Mr. Utterson—, pero creo que empiezo a ver más claro. Su amo, Poole, padece una de esas enfermedades que torturan y deforman al que las padece; de ahí podría provenir, por lo que sé, la alteración de su voz; lo mismo que la máscara y que evite el trato con sus amigos; por eso la avidez por encontrar ese medicamento, la última esperanza de curación para su pobre alma. ¡Dios quiera que no se engañe! Ésta es mi explicación; es triste y difícil de aceptar, Poole, pero es lógica y natural, encaja con los hechos y nos libera de alarmas exageradas.

—Señor —dijo el mayordomo, mientras su cara se cubrió de una extraña palidez—, aquella cosa no era mi amo, ésa es la verdad. Mi amo —y aquí Poole escudriñó y empezó a hablar en voz baja— es un hombre alto y robusto, y eso no era más que un enano —Utterson intentó protestar—. ¡Oh, señor! —exclamó Poole—, ¿cree usted que no conozco a mi amo después de haberle servido durante veinte

años? ¿Cree usted que no sé hasta dónde llega su cabeza en la puerta del gabinete, donde lo he visto cada mañana de mi vida? No, señor, ese que lleva la máscara no era el Dr. Jekyll. Dios sabe quién es, pero no es el Dr. Jekyll; y en el fondo de mi corazón creo que aquí ha habido un asesinato.

—Poole —dijo el abogado—, si dice eso, mi deber es comprobarlo. Por más que deseo respetar los sentimientos de su amo, por más que me confunda esa nota, que parece demostrar que aún está vivo, considero mi deber derribar esa puerta.

—¡Ah, Mr. Utterson, así se habla! —exclamó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda cuestión —continuó Utterson—: ¿Quién lo va a hacer?

—Usted y yo, claro —fue la resuelta respuesta.

—Bien dicho —respondió el abogado—. Y pase lo que pase, será mi responsabilidad velar por que usted no sufra ningún daño.

—Hay un hacha en el anfiteatro —continuó Poole—, y usted puede coger el atizador de la cocina.

El abogado cogió aquel rudo y pesado instrumento y lo blandió.

—Poole —dijo, alzando los ojos—, ¿es consciente de que usted y yo vamos a pasar por momentos de peligro?

—Claro que me doy cuenta, señor —respondió el mayordomo.

—En ese caso, debemos ser francos —dijo el otro—. Los dos pensamos más de lo que hemos di-

cho; hablemos con sinceridad. ¿Reconoció a la figura enmascarada?

—Bueno, señor, ocurrió tan rápido, y la criatura estaba tan encogida, que difícilmente podría jurarlo —respondió—. Pero si lo que me pregunta es: ¿era Mr. Hyde?, diría que sí, ¡creo que sí! Era de su misma estatura, tenía su misma vivacidad y, además, ¿qué otra persona podía haber entrado por la puerta del laboratorio? No habrá olvidado, señor, que cuando asesinaron a sir Danvers disponía aún de la llave. Pero no es eso todo. Ignoro si usted ha visto alguna vez a Mr. Hyde.

—Sí —dijo el abogado—, hablé con él una vez.

—Entonces se habrá dado cuenta, tan bien como todos nosotros, de que había algo raro en ese caballero, algo que sobrecogía; no sabría expresarlo bien, señor, pero hacía que uno sintiera algo frío y punzante en la médula.

—Yo mismo sentí algo parecido a lo que dice —reconoció Mr. Utterson.

—Bien, señor —continuó Poole—, cuando esa cosa enmascarada saltó como un mono de entre los productos químicos y se dirigió hacia el gabinete, sentí que un escalofrío recorría mi espina dorsal. Oh, ya sé que eso no prueba nada, Mr. Utterson; he leído lo suficiente para saberlo; pero un hombre tiene sus sentimientos. ¡Le juro sobre la Biblia que era Mr. Hyde!

—Sí —dijo el abogado—. Mis temores me inclinan a la misma conclusión. Estaba seguro de que

esa relación había de traer malas consecuencias. Sí le creo, con sinceridad; creo que el pobre Henry ha muerto, y creo que su asesino (y sólo Dios puede decir con qué finalidad) está aún al acecho en la habitación de la víctima. Bien, nosotros vamos a tomar venganza. Llame a Bradshaw.

El lacayo acudió a la llamada, muy pálido y nervioso.

—Ánimo, Bradshaw —dijo el abogado—. Me doy cuenta de que esta incertidumbre los tiene a todos atemorizados, pero nuestra intención es ponerle fin. Poole y yo vamos a entrar por la fuerza en el gabinete. Si estuviera todo bien, mis espaldas son lo bastante anchas como para afrontar toda la responsabilidad. Mientras tanto, para que no ocurra nada malo, o cualquier malhechor trate de escapar por la parte de atrás, usted y el muchacho vayan al otro lado con un par de buenos garrotes, y sitúense junto a la puerta del laboratorio. Disponen de diez minutos para que ocupen sus puestos.

Cuando Bradshaw se fue, el abogado miró su reloj.

—Ahora Poole, ocupemos nosotros los nuestros —añadió, y llevando el atizador bajo el brazo abrió camino hacia el patio.

Las nubes habían cubierto la luna y ahora todo estaba oscuro. El viento, que sólo irrumpía a ráfagas en aquel pozo profundo que formaban los edificios, hacía bailar la luz de la vela a cada paso hasta que llegaron a la protección del anfiteatro, donde se sentaron a esperar en silencio. El rumor de Londres

llegaba de todas partes solemnemente; pero al lado de ellos, el silencio era roto sólo por el sonido de unos pasos que resonaban de acá para allá sobre el suelo del gabinete.

—Así camina todo el día, señor —susurró Poole—, y también la mayor parte de la noche. Sólo cuando llega un nuevo pedido de los almacenes farmacéuticos se interrumpe el paseo. ¡Ah, qué enemiga del sueño es la mala conciencia! ¡Ah, señor, cada uno de sus pasos deja una huella de sangre derramada! Pero vuelva a escuchar con atención..., ponga toda su alma en los oídos, Mr. Utterson, y dígame, ¿son ésos los pasos del doctor?

Los pasos sonaban ligeros y extraños, con cierto ímpetu a pesar de su cadencia. Eran muy diferentes de la firme y segura pisada de Henry Jekyll. Utterson suspiró:

—¿No ha pasado nada más? —preguntó.

Poole asintió con la cabeza.

—Una vez... —dijo—, ¡le oí llorar!

—¿Llorar? ¿Cómo? —interrogó el abogado con un repentino escalofrío de horror.

—Llorar como una mujer o un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me fui con el corazón tan apesadumbrado que estuve también a punto de llorar.

Pero los diez minutos llegaron a su término. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja de embalar; pusieron la vela sobre la mesa más próxima para que los iluminara en su ataque, y se dirigieron conteniendo el aliento hacia donde los

persistentes pasos continuaban sonando de acá para allá y de allá para acá en el silencio de la noche.

—¡Jekyll! —gritó Utterson con voz fuerte— ¡Quiero verlo! —hizo una pausa, pero no obtuvo respuesta—. Con lealtad le aviso de que nos han surgido sospechas; debo verlo y lo veré —continuó—. ¡Si no es por las buenas, será por las malas! ¡Si no es con su consentimiento, será por la fuerza!

—¡Utterson! —dijo la voz—. ¡Por el amor de Dios, tenga compasión de mí!

—¡Ah, ésa no es la voz de Jekyll..., es la de Hyde! —gritó Utterson—. ¡Echemos la puerta abajo, Poole!

Poole blandió el hacha por encima de sus hombros; el golpe hizo temblar el edificio, pero la cerradura y los goznes de la puerta tapizada de rojo resistieron el embate. Un lúgubre alarido, como de puro terror animal, se escapó del gabinete. Se alzó de nuevo el hacha, y de nuevo crujieron los paneles de la puerta haciendo temblar el marco; cuatro veces se descargó el hacha; pero la madera era resistente y los herrajes de buena calidad; y no fue hasta el quinto golpe que la cerradura saltó y los restos de la puerta cayeron en el interior, sobre la alfombra.

Asustados por su propio estrépito y el silencio que le sucedió, los asaltantes retrocedieron y miraron lo que había dentro. Ante sus ojos se hallaba el gabinete a la tranquila luz de una lámpara, con un buen fuego chisporroteando y crepitando en la chimenea, la tetera silbando, uno o dos cajones abiertos, los papeles ordenados con esmero sobre la mesa

de trabajo, y más cerca del fuego el servicio dispuesto para el té; la habitación más tranquila de Londres, se diría, a no ser por los armarios de cristales llenos de productos químicos.

En mitad de la estancia yacía el cuerpo de un hombre dolorosamente contorsionado y que aún se estremecía por los espasmos. Se acercaron a él de puntillas, lo volvieron boca arriba y contemplaron el rostro de Edward Hyde. Vestía un traje que le estaba grande, de la talla del doctor; los músculos de su cara se movían aún con una apariencia de vida, pero la vida estaba ausente por completo; por el frasco roto que aferraba su mano y el intenso olor a almendras que flotaba en el aire, Utterson supo que estaba contemplando el cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo con gravedad—, tanto para salvar como para castigar. Hyde ha muerto, y sólo nos queda hallar el cadáver de su amo.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por el anfiteatro, que llenaba casi por completo la planta baja y estaba iluminado desde arriba, y por el gabinete, que formaba una planta superior y miraba hacia el patio. Un pasillo unía el anfiteatro con la puerta que daba a la callejuela; y con ésta comunicaba independientemente el gabinete por un segundo tramo de escaleras. Había además unos cuartos oscuros y un espacioso sótano. Todos fueron examinados uno a uno. Para los cuartos bastaba una mirada, porque estaban vacíos, y por el polvo que se



—Hemos llegado demasiado tarde —dijo con gravedad—, tanto para salvar como para castigar.

desprendía de las puertas hacía tiempo que no se habían abierto. El sótano estaba repleto de toda clase de trastos viejos, la mayoría de la época del cirujano que había precedido a Jekyll en el edificio; pero en cuanto abrieron la puerta se dieron cuenta de la inutilidad de seguir buscando, al caer intacta una espesa tela de araña que había sellado durante años la entrada. No había en ninguna parte rastro alguno de Henry Jekyll, vivo o muerto.

Poole golpeó con el pie las losas del corredor.

—Debe de haber sido enterrado aquí —dijo, escuchando con atención el sonido.

—O puede haber huido —dijo Utterson, y se volvió para examinar la puerta que daba a la callejuela; estaba cerrada con llave, la que hallaron cerca de allí sobre las losas y cubierta de óxido.

—No parece que la hayan usado —observó el abogado.

—¡Usado! —repitió Poole—. ¿No ve, señor, que está rota? Parece como si un hombre la hubiera pisoteado.

—Claro —continuó Utterson—, y las partes rotas también están oxidadas —los dos hombres intercambiaron una mirada de estupor—. No lo comprendo, Poole —dijo el abogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron las escaleras en silencio y, lanzando al cadáver ocasionales miradas de asombro, procedieron a examinar con más detenimiento el interior del gabinete. En una mesa había indicios de haberse

realizado algún ensayo químico, porque había varios montones de una especie de sal blanca colocados sobre platillos de cristal, como si el desdichado doctor hubiera hecho los preparativos para un experimento.

—Es la misma droga que le he estado trayendo siempre —dijo Poole; y no había terminado de hablar, cuando de la tetera surgió un silbido que los asustó.

Esto los atrajo hacia la chimenea; junto a uno de los brazos del sillón habían preparado el servicio de té, con el azúcar ya en la taza. Había varios libros en una estantería; al examinar uno que estaba abierto junto a la taza de té, Utterson reconoció con asombro el ejemplar de una obra piadosa de la que Jekyll había hablado varias veces con gran estima, y que ahora aparecía anotada con horribles blasfemias escritas de su propia mano.

Después, el examen de la estancia los llevó junto a un espejo basculante, cuyo fondo contemplaron con involuntario horror. Pero estaba colocado de tal modo que no podía reflejar más que el resplandor rojizo del fuego en el techo, crepitando en cientos de repeticiones sobre los cristales de los armarios, y los dos pálidos y temerosos rostros que se inclinaban para mirar su luna.

—Este espejo ha debido de ver cosas extrañas, señor —murmuró Poole.

—Y seguramente ninguna más extraña que el espejo mismo —contestó el abogado en el mismo

tono—. ¿Para qué pudo Jekyll —un escalofrío lo detuvo al pronunciar esta palabra, pero venciendo su debilidad continuó— necesitarlo aquí?

—¡Ni que lo diga! ¿Para qué? —dijo Poole.

A continuación pasaron a la mesa escritorio. Entre una serie de ordenados papeles sobresalía un gran sobre que llevaba, escrito por la mano del doctor, el nombre de Mr. Utterson. El abogado rompió el sello, y varios papeles cayeron al suelo. El primero era un testamento, redactado en los mismos términos excéntricos que el devuelto por el abogado seis meses antes, y que debía valer como testamento en caso de muerte o acta de donación en caso de desaparición; pero en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado, con indescriptible asombro, leyó el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, y otra vez a los papeles, y por fin al cadáver del malhechor tendido sobre la alfombra.

—La cabeza me da vueltas —dijo—. Todos estos días han estado en su poder; no tenía razones para simpatizar conmigo; al sentirse desplazado se habrá puesto furioso; y, sin embargo, no ha destruido el documento.

Cogió el siguiente papel; era una breve nota escrita de puño y letra del doctor y fechada en la parte superior.

—¡Oh, Poole! —exclamó el abogado—. Hoy estaba aquí vivo. Este hombre no puede haber hecho desaparecer el cadáver en tan poco tiempo. ¡Debe de seguir vivo aún y debe de haber huido! Pero ¿por

qué ha huido y cómo? Y en tal caso, ¿podemos aventurarnos a declarar que esto ha sido un suicidio? Preveo que podríamos involucrar a Mr. Jekyll en una horrible catástrofe.

—¿Por qué no lo lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque me da miedo —respondió el abogado—. ¡Dios quiera que no haya razón para tenerlo!

Y a continuación puso el papel ante sus ojos y leyó lo siguiente:

Mi querido Utterson: cuando este papel caiga en sus manos, yo habré desaparecido, sin que pueda prever en qué circunstancias, pero mi instinto y todas las particularidades que rodean mi incalificable situación me dicen que el final es inevitable e inmediato. Adelante pues, y lea primero el relato que Lanyon me advirtió que pondría en sus manos; y si tiene interés en saber más, lea la confesión de su indigno y desgraciado amigo,

Henry Jekyll

—Entonces ¿hay un tercer sobre? —preguntó Utterson.

—Aquí está, señor —dijo Poole, poniendo en sus manos un paquete sellado con varios lacres.

El abogado se lo metió en el bolsillo.

—No diré nada de este documento. Si tu amo ha huido o está muerto, debemos al menos salvar su reputación. Ahora son las diez; he de ir a casa y leer estos papeles con tranquilidad; pero volveré antes de medianoche, y entonces avisaremos a la policía.

Salieron, cerrando tras ellos la puerta del anfiteatro, y dejando una vez más a los sirvientes reunidos en torno al fuego del salón, Utterson regresó a su despacho para leer los dos relatos que debían explicar este misterio.

El relato del Dr. Lanyon

La tarde del 9 de enero, hace hoy cuatro días, recibí por correo un sobre certificado con la dirección escrita de puño y letra de mi amigo y antiguo compañero de escuela Henry Jekyll. Aquello me sorprendió mucho, porque no teníamos el hábito de intercambiar correspondencia; lo había visto, incluso había cenado con él la noche anterior, y no podía imaginar nada en nuestra relación que justificase la formalidad de la carta certificada. El contenido aumentó mi curiosidad, porque esto es lo que decía la carta:

10 de diciembre de 18...

Querido Lanyon: Es usted uno de mis más antiguos amigos; aunque a veces hemos discrepado en temas científicos, no puedo recordar, al menos por mi parte, ninguna ruptura en nuestro afecto. No hubo ni un solo día en que si me hubiera dicho: «Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón dependen de usted», yo no hubiera sacrificado mi fortuna o mi mano izquierda por ayudarlo. Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón están a su merced; si esta noche me falla, estoy perdido. Quizá suponga que voy a pedirle algo deshonroso. Júzguelo usted mismo.

Necesito que posponga todos los compromisos para esta noche, ni aunque hubiesen sido requeridos sus ser-

vicios para acudir al lecho de un emperador; que coja un coche, a menos que el suyo esté esperando en la puerta, y que, con esta carta en la mano para poder consultarla, se dirija directamente a mi casa. Poole, mi mayordomo, ha recibido órdenes; lo encontrará esperando su llegada acompañado de un cerrajero. Habrá que forzar la puerta de mi despacho; en él deberá entrar usted solo, abrir el armario con puertas de cristal (letra E) que está a la izquierda, rompiendo la cerradura si estuviera echada la llave; y sacar *con todo su contenido tal como está* el cuarto cajón contando desde arriba o, lo que es lo mismo, el tercero desde abajo. Dado el estado de extrema angustia mental en que me hallo, siento un morboso temor de darle alguna indicación equivocada; pero aunque así fuera, podrá dar con el cajón en cuestión por su contenido: unos polvos, un frasco y un libro de notas. Le ruego que vuelva a Cavendish Square con el cajón tal como está.

Ésta es la primera parte del favor que le pido; ahora, la segunda. Si va a hacerlo en cuanto reciba esta carta, estará de vuelta mucho antes de medianoche; pero le doy de margen este tiempo no sólo por temor a uno de esos obstáculos que no pueden ser previstos, sino porque es preferible una hora en que sus criados estén durmiendo para lo que falta por hacer. Le pido, pues, que esté a solas a medianoche en su consulta, que le abra personalmente la puerta de su casa a un hombre que se presentará en mi nombre y que ponga en sus manos el cajón que habrá traído consigo desde mi despacho. Con esto habrá concluido su parte y ganado mi completa gratitud. Cinco minutos después, si insiste en una explicación, habrá sabido por qué estos arreglos son de capital importancia; y que descuidar uno solo de ellos, por fantástico que

pueda parecer, puede cargar sobre su conciencia mi muerte o el naufragio de mi razón.

Aunque confío en que no tomará mi petición a broma, sólo con pensar en esa posibilidad hace que mi mano tiemble y que mi corazón se hunda. Piense en mí en este instante, en un lugar singular, inmerso en la negrura de un desconsuelo que ninguna fantasía puede exagerar, y sin embargo consciente de que sólo poniendo en práctica lo que le pido, mis problemas se esfumarán igual que un relato después de narrarlo. Ayúdeme, querido Lanyon, y salve a su amigo.

H. J.

P. S.: Había sellado ya esta carta cuando un nuevo terror se ha apoderado de mí. Es posible que me falle el servicio de correos, y esta carta no llegue a sus manos hasta mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, cumpla mi encargo cuando lo considere más conveniente durante el día; y una vez más espere a mi mensajero a medianoche. Puede que sea ya demasiado tarde; y si esa noche pasa sin que se produzca ningún acontecimiento, sabrá que jamás volverá a ver a Henry Jekyll.

Tras la lectura de esta carta, saqué la conclusión de que mi colega estaba loco; pero mientras eso no quedara probado sin duda, me sentí obligado a hacer lo que me pedía. Cuanto menos entendía aquella jerga, menos capaz me sentía de juzgar su importancia; y una petición en esos términos no podía ser ignorada sin incurrir en grave responsabilidad. Así que me levanté de la mesa y alquilé un

coche que me llevó directamente a casa de Jekyll. El mayordomo estaba esperando mi llegada; había recibido en el mismo correo que yo una carta certificada con instrucciones, e hizo venir a un cerrajero y un carpintero. Llegaron mientras aún seguíamos hablando, y juntos nos dirigimos al antiguo anfiteatro quirúrgico del Dr. Denman, desde el cual (como seguro que sabe) hay fácil acceso al gabinete privado de Jekyll. La puerta era recia y la cerradura, excelente; el carpintero reconoció que si había que emplear la fuerza, le costaría mucho esfuerzo y produciría considerables destrozos, y el cerrajero estaba al borde de la desesperación; pero era un hombre hábil, y tras dos horas de trabajo la puerta se abrió. El armario marcado como E no tenía echada la llave; así que saqué el cajón, lo rellené con paja y lo envolví en una sábana, y volví con él a Cavendish Square.

Aquí procedí a examinar su contenido. Los polvos estaban bastante finos, pero no con el celo que un químico profesional hubiera puesto en molerlos; así que era evidente que se trataba de algo hecho por Jekyll; cuando abrí uno de los sobres, me encontré con lo que me pareció ser una simple sal cristalina de color blanco. El frasco, al que a continuación dirigí mi atención, estaba medio lleno de un líquido color rojo sangre, que despedía un olor penetrante y que me pareció que contenía fósforo y algún éter volátil. En cuanto a los demás ingredientes, no pude hacer ninguna conjetura. El libro era un ordinario cuader-

no de notas y sólo contenía una serie de fechas. Cubrían un período de varios años, pero me fijé en que las entradas terminaban un año antes de manera brusca. De vez en cuando se añadía una observación junto a una frase, que normalmente se limitaba a una sola palabra: «doble», que aparecía quizá seis veces en un total de varios cientos de entradas; y una vez, muy al principio de la lista y entre varios signos de admiración: «¡¡¡Fracaso total!!!»

Aunque todo esto despertó mi curiosidad, apenas me decía nada que fuese definido. Había un frasco de una tintura desconocida, un papel con cierta sal y el registro de una serie de experimentos que no habían conducido (como tantas de las investigaciones de Jekyll) a ningún fin práctico. ¿Cómo podía la presencia de estos artículos en mi casa afectar al honor, la razón o la vida de mi atolondrado colega? Si su mensajero podía ir a un lugar, ¿por qué no podía ir hasta el otro? E incluso dando por supuesta la existencia de algún impedimento, ¿por qué tenía que recibir a este caballero en secreto? Cuanto más meditaba, más me convencía de que se trataba de un caso de enfermedad mental; y aunque envié a la cama a mis sirvientes, cargué un viejo revólver por si precisaba defenderme.

Apenas habían sonado en Londres las doce cuando llamaron con suavidad a la puerta. Abrí yo mismo, y me encontré con un hombre agazapado entre las columnas del pórtico.

—¿Viene de parte del Dr. Jekyll? —pregunté.

Me contestó «sí» con gesto apocado, y cuando lo invité a entrar, no lo hizo hasta después de una es-crutadora mirada a la oscuridad de la plaza. No muy lejos había un policía, con la linterna encendida avanzando hacia nosotros, y me pareció que, al verlo, mi visitante se sobresaltó y se apresuró a entrar.

Estos detalles, lo confieso, me impresionaron desagradablemente, y mientras lo seguía a la sala de consulta, mejor iluminada, mi mano acariciaba la culata de mi arma. Por fin tuve la posibilidad de verlo con claridad. Si de algo estaba seguro, era de no haberlo visto antes. Era bajo, como he dicho; me impresionó por la chocante expresión de su cara, con su destacable combinación de gran actividad muscular y gran debilidad aparente de constitución y —por fin, aunque no en menor grado— el singular malestar que causaba su cercanía. Provocaba algo semejante a un incipiente agarrotamiento, acompañada por una sensible disminución del pulso. Al principio lo atribuí a un desagrado personal e idiosincrásico, y sólo me sorprendió lo agudo de los síntomas; pero desde entonces tengo razones para creer que la causa tenía raíces más profundas en la naturaleza del hombre, y giraba sobre un eje más noble que el principio del odio.

Esta persona (que desde el momento mismo de su entrada me impresionó con lo que sólo puedo describir como una curiosidad repugnante) iba vestida de una manera que hubiera hecho que cualquier sujeto ordinario se echara a reír: sus prendas,

aunque eran, por así decirlo, de elegante y buen corte, le estaban desmesuradamente grandes; los pantalones colgaban de sus piernas enrollados para que no arrastraran el suelo, la cintura de su chaqueta quedaba por debajo de sus caderas y el cuello le llegaba hasta los hombros. Por raro que parezca, esta ridícula vestimenta estaba lejos de provocarme risa. Al contrario, como había algo de anormal y de absurdo en la esencia misma de la criatura que ahora tenía delante de mí —algo sobrecogedor, sorprendente y repulsivo—, me pareció que esta nueva incoherencia encajaba con esa esencia y la reforzaba; así que a mi interés por la naturaleza y el carácter del hombre, se añadió la curiosidad de saber algo de su origen, su vida, su fortuna y su posición en el mundo.

Aunque anotarlas lleva su tiempo, estas observaciones fueron cosa de unos pocos segundos. Mi visitante estaba, en verdad, sobre ascuas, presa de una sombría excitación.

—¿Lo ha traído? —preguntó—. ¿Lo ha traído?

Tan viva era su impaciencia que llegó a poner su mano sobre mi brazo e intentó zarandearme.

Yo lo rechacé, consciente de que su contacto helaba la sangre en mis venas.

—Tranquilícese, señor —dije—. Olvida usted que aún no tengo el placer de conocerlo. Tome asiento, por favor.

Y para dar ejemplo, me senté en mi sillón habitual, imitando lo mejor que pude mi comporta-

miento con mis pacientes, teniendo en cuenta lo tarde que era, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que me inspiraba mi visitante.

—Discúlpeme, Dr. Lanyon —contestó cortésmente—. Tiene razón en lo que dice, y mi impaciencia se ha adelantado a mi educación. Vengo a instancias de su colega, el Dr. Henry Jekyll, para un asunto de cierta importancia; y tenía entendido... —hizo una pausa y se llevó una mano a la garganta, y pude ver, a pesar de sus contenidos modales, que estaba luchando contra la inminencia de un ataque histérico—. Tenía entendido que un cajón...

Sentí piedad de la angustia de mi visitante, y tal vez me dejé llevar en alguna medida por mi creciente curiosidad.

—Ahí está, señor —dije señalando al cajón, que estaba detrás de una mesa, en el suelo, y cubierto aún por la sábana.

Se abalanzó sobre él, y de repente se detuvo y se llevó la mano al corazón; pude oír cómo le castañeteaban los dientes bajo la compulsiva acción de sus mandíbulas; y su rostro adquirió un aspecto tan terrible que me sentí alarmado tanto por su vida como por su razón.

—Tranquilícese —le dije.

Se volvió hacia mí con una escalofriante sonrisa y, como movido por la desesperación, apartó la sábana. A la vista del contenido emitió un agudo sollozo de tan inmenso alivio que me dejó petrificado. Y después, con una voz ya casi serena, preguntó:

—¿Tiene un vaso graduado?

Me levanté con esfuerzo y le entregué lo que pedía.

Me dio las gracias sonriendo con una amable inclinación de cabeza, midió unas gotas de tintura roja y añadió uno de los polvos. La mezcla, que tenía al principio un tono rojizo, comenzó a adquirir un color más brillante, según se iban fundiendo los cristales, a burbujear perceptiblemente y a despedir pequeñas nubes de vapor. De repente y en ese momento, la ebullición cesó y el color del compuesto cambió a un púrpura oscuro, que después se difuminó con más lentitud hacia un verde acuoso. Mi visitante, que había observado con atenta mirada esta metamorfosis, sonrió, puso el vaso sobre la mesa y se volvió y me observó con aire escrutador.

—Y ahora —dijo—, ocupémonos de lo que queda por hacer. ¿Será usted prudente? ¿Querrá dejarse guiar? ¿Aceptará que me lleve este vaso que tengo en la mano y salga de su casa sin más preguntas? ¿O le domina el ansia de la curiosidad? Piense antes de contestar, ya que se hará como usted decida. Si así lo decide, quedará tal como estaba antes, ni más rico ni más sabio, a no ser que el sentimiento de haber prestado un servicio a un hombre en peligro mortal pueda considerarse como una especie de riqueza del alma. O, si usted prefiere, un nuevo campo del conocimiento y nuevos caminos hacia el poder y la fama se abrirán ante usted, aquí, en esta habitación, en un instante, por un prodigio capaz de hacer tambalear la incredulidad de Satanás.

—Señor —dije, fingiendo una frialdad que estaba lejos de sentir—, usted habla enigmáticamente, y espero que no le sorprenda que lo escuche sin creer en serio lo que dice. Pero he llegado demasiado lejos en el camino de unos inexplicables servicios para detenerme antes de presenciar el final.

—De acuerdo —contestó mi visitante—. Lanyon, recuerde sus promesas: lo que va a suceder queda sellado por el secreto de nuestra profesión. Y ahora usted, que durante tanto tiempo ha estado vinculado a los puntos de vista más estrechos y materiales; usted, que ha negado la virtud de la medicina trascendental; usted, que se ha mofado de sus superiores..., ¡mire!

Acercó el vaso a sus labios y lo apuró de un solo trago. Siguió un grito; después giró, vaciló, se agarró a la mesa y se sostuvo mirándome con ojos inyectados en sangre, jadeando con la boca abierta; y mientras lo miraba, creí percibir un cambio; pareció aumentar de tamaño, su rostro de pronto ennegreció y sus rasgos parecieron desdibujarse y alterarse, y un momento después me levanté de un salto y retrocedí hasta apoyarme en la pared, levantando el brazo como escudo protector ante aquel prodigio y mi espíritu sumergido en el horror.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. ¡Oh, Dios! —repetí una y otra vez. Porque allí, delante de mis ojos, pálido y agitado, a punto de desvanecerse, buscando con las manos como un hombre rescatado de la muerte..., ¡allí estaba Henry Jekyll!

Lo que me dijo en la hora siguiente no puedo trasladarlo al papel. Vi lo que vi y oí lo que oí, y mi alma sintió náuseas por ello; sin embargo, ahora que esa visión ha desaparecido de mis ojos, me pregunto si creo en ella, y no puedo contestar. Mi vida ha quedado sacudida hasta su raíz; el sueño ha huido de mí; a todas horas del día y de la noche me acompaña un mortal terror; siento que mis días están contados y que debo morir; y aun así moriré sin creerlo. En cuanto a la podredumbre moral que ese hombre me demostró, aun con lágrimas de arrepentimiento, no puedo tenerla presente sin un estremecimiento de horror. Sólo diré una cosa, Utterson, que será más que suficiente —si es que es capaz de darle crédito—. La persona que se arrastró en mi casa aquella noche era conocida, según la propia confesión de Jekyll, con el nombre de Hyde, y es perseguida por todos los rincones del país como asesino de Carew.

Hastie Lanyon

Informe completo sobre el caso de Henry Jekyll

Nací en el año 18..., heredero de una formidable fortuna, dotado además de excelentes cualidades, inclinado por naturaleza al trabajo, ávido de ganarme el respeto de los sabios y buenos entre mis semejantes, y de esta manera, como cabe suponer, tenía garantizado un futuro respetable y distinguido. El peor de mis defectos era un temperamento impaciente y optimista, que ha hecho felices a muchos, pero que yo encontré difícil de conciliar con mi imperioso deseo de llevar siempre alta la cabeza y mostrar en público un semblante más grave. Esta forma de ser trajo como resultado que ocultara mis placeres, y que cuando alcancé los años de la reflexión y comencé a mirar a mi alrededor y hacer balance de mis progresos y posición en el mundo, estuviera ya habituado a una profunda duplicidad de mi vida. Muchos hombres habrían incluso presumido de las irregularidades de que yo era culpable; pero desde los elevados fines que me había trazado, las miraba y escondía con un sentimiento casi de vergüenza. Fue, por tanto, la exigente naturaleza de mis aspiraciones, y no la particular degradación de mis faltas, lo que me hizo ser lo que era y lo que separó con un foso más profundo que en la

mayoría de las personas esas zonas del bien y del mal que dividen y componen la dual naturaleza del hombre. Esta situación me llevó a reflexionar de una forma profunda y constante acerca de la dura ley de la vida que se halla en la raíz de la religión y es una de las fuentes más usuales del dolor. A pesar de este doble juego, no era hipócrita de ningún modo; ambas caras eran sinceras; era yo mismo tanto cuando daba de lado cualquier restricción y me zambullía en la ignominia como cuando trabajaba, a la luz del día, en divulgar el conocimiento o aliviar penas y padecimientos. Y sucedió que la dirección de mis estudios científicos, orientados hacia lo místico y trascendental, dieron un giro que arrojaron una intensa luz sobre esta consciencia de la perenne guerra entre mis dos partes. Con el paso de los días, y desde las dos dimensiones de mi inteligencia, la moral y la intelectual, me fui acercando cada vez más a esa verdad, cuyo parcial descubrimiento me ha condenado a tan espantoso naufragio: que el hombre no es en verdad uno, sino dos. Digo dos porque el estado actual de mi conocimiento no va más allá. Otros seguirán, otros llegarán más lejos que yo siguiendo ese camino; y adelanto la conjetura de que llegará el día en que se sabrá que el hombre es una mera reunión de múltiples personalidades, incongruentes e independientes. Por mi parte, dada la naturaleza de mi vida, avanzaba infaliblemente en una dirección, y sólo en una. Fue en el lado moral y en mi propia persona que aprendí a

reconocer la dualidad absoluta y primitiva del hombre; a propósito de las dos naturalezas que contenían en el campo de mi conciencia, observé que, aun suponiendo que fuera correcto decir que era cualquiera de ellas, eso se debía a que era radicalmente ambas; y desde temprana fecha, aun antes de que el curso de mis descubrimientos científicos hubiera empezado a sugerir la más lejana posibilidad de un milagro parecido, había aprendido a contemplar con placer, como un sueño, la idea de la separación de esos elementos. Si cada uno, me decía, pudiera ser alojado en identidades separadas, la vida quedaría despojada de todo lo insoportable; el injusto podría seguir su camino, liberado de las aspiraciones y el remordimiento de su gemelo superior; y el justo podría avanzar con paso firme y seguro por su ascendente ruta, haciendo las cosas buenas en las que hallara placer, sin quedar expuesto a la desgracia y penitencia por obra de ese extraño mal. Era la maldición del género humano que estuvieran atadas estas incongruentes gavillas, que de manera constante tuvieran que estar luchando esos dos gemelos polares en el angustiado seno de la conciencia. ¿Cómo podrían ser disociados?

Estaba en ese punto de mis reflexiones cuando, como acabo de decir, una luz indirecta, procedente de la mesa del laboratorio, empezó a iluminar el asunto que me preocupaba. Comencé a percibir, más profundamente que nadie antes, la temblorosa inmaterialidad, la brumosa mutabilidad, de ese

cuerpo, en apariencia tan sólido, de que estamos revestidos. Descubrí que ciertos agentes tenían el poder de sacudir y extraer esta carnal vestidura, tal como puede el viento agitar las cortinas de un pabellón. Por dos buenas razones no entraré en detalles en este aspecto científico de mi confesión: primero, porque la experiencia me ha enseñado que la carga de nuestras vidas está atada para siempre a las espaldas del hombre, y que si alguien trata de desprenderse de esa carga, ésta vuelve a nosotros con un peso aún más extraordinario y terrible; y segundo, porque, como mi relato revelará, mis descubrimientos eran incompletos. Basta, pues, decir que no sólo llegué a darme cuenta de que mi cuerpo natural no es más que una simple aura y resplandor emitido por algunas de las potencias que conforman mi espíritu, sino que acerté a preparar una droga por la que esas potencias eran destronadas de su supremacía, mientras el cuerpo era sustituido por una segunda apariencia, no menos natural para mí por ser la expresión y llevar el sello de los elementos inferiores de mi alma.

Dudé mucho tiempo antes de poner en práctica esta teoría. Sabía bien que arriesgaba mi vida, puesto que una droga que controla y quebranta en sus cimientos la fortaleza misma de la identidad podría destruir por completo, por el simple motivo de una sobredosis o la más leve inexactitud en su administración, el inmaterial tabernáculo que pretendía cambiar. Pero la tentación de un descubrimiento

tan singular y profundo venció mis temores. Desde hacía tiempo había preparado mi tintura; compré a una firma mayorista de productos químicos una importante cantidad de cierta sal que sabía, por mis experimentos, que era el último ingrediente requerido; y a altas horas de una maldita noche mezclé los elementos, observé cómo hervían y humeaban en el vaso, y cuando la ebullición cesó, en un arranque de valentía, me bebí la pócima.

Sentí los más terribles dolores: un crujir de los huesos, una náusea mortal y un horror del espíritu que ni en la hora del nacimiento ni en la muerte podría ser mayor. Después esa agonía comenzó a disminuir, y me fui recuperando como quien sale de una grave enfermedad. Había algo singular en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo y, por su novedad, increíblemente placentero. Me sentí más joven, más liviano, más feliz; en cuanto al interior, era consciente de una embriagadora indolencia, un salvaje torrente de imágenes sensuales que corrían tumultuosamente por mi imaginación, me sentía libre de obligaciones, una desconocida aunque no inocente libertad del alma. Desde el primer aliento de esta nueva vida comprendí que era más perverso, diez veces más perverso, un esclavo vendido a mi pecado original, y el pensamiento, en aquel instante, me agradó como el mejor de los vinos. Extendí las manos, exultante por la frescura de aquellas sensaciones, y enseguida me di cuenta de que había perdido estatura.

Por entonces no había espejo en mi habitación; el que hay ahora a mi lado mientras escribo fue traído más tarde con el fin de observar estas transformaciones. La noche, sin embargo, había dado paso a la madrugada —y ésta, negra como era, estaba a punto de alumbrar el día—, los moradores de mi casa estaban sumidos aún en los más profundos rigores del sueño; y decidí, estimulado como estaba de esperanza y triunfo, a aventurarme en mi nueva figura hasta mi dormitorio. Crucé el patio, donde las constelaciones me contemplaron, asombradas ante la primera criatura de esta naturaleza que su insomne vigilancia les había descubierto; extraño en mi propia casa, me deslicé sigilosamente por los pasillos, y al llegar a mi habitación, vi por vez primera el aspecto de Edward Hyde.

Aquí me veo obligado a hablar sólo en teoría, diciendo no lo que sé, sino lo que supongo que es más probable. El lado malo de mi naturaleza, al que ahora había transferido la facultad de moverse, era menos robusto y menos desarrollado que el lado bueno que acababa de abandonar. Ahora bien, en el transcurso de mi vida, que había sido después de todo, en sus nueve décimas partes, una vida de esfuerzo, virtud y control, ese lado se había ejercitado y estaba mucho menos agotado. Y eso explica, según creo, que Edward Hyde fuera mucho más bajo, más ligero y más joven que Henry Jekyll. De la misma manera que brillaba el bien en el rostro de uno, estaba claro el mal en el del otro. Además, el mal (que



... y a altas horas de una maldita noche mezclé los elementos, observé cómo hervían y humeaban en el vaso, y cuando la ebullición cesó, en un arranque de valentía, me bebí la pócima.

debo seguir creyendo que es el lado letal del hombre) había dejado en aquel cuerpo la marca de la deformidad y la decadencia. Y sin embargo, cuando vi reflejado en el espejo a aquel feo ídolo, no tuve consciencia de sentir repugnancia, sino algo así como una bienvenida. También era yo. Parecía natural y humano. A mis ojos aquel ser poseía una imagen más viva del espíritu, parecía una individualidad más completa que aquella imperfecta y dividida semblanza que hasta entonces me había acostumbrado a llamar yo. Y en eso no me faltaba razón. He observado que me presentaba en la figura de Edward Hyde, nadie se podía acercar a mí sin que se estremecieran sus carnes. Pienso que esto se debía a que todos los seres humanos, tal como los conocemos, son una mezcla de bien y de mal; y Edward Hyde era el único en el ámbito del género humano que era maldad pura.

Estuve sólo un momento ante el espejo, puesto que tenía que poner en práctica el segundo y definitivo experimento; aún quedaba por ver si había perdido mi identidad más allá de toda redención y tendría que huir antes de que se hiciera de día en una casa que ya no sería la mía. Volviendo con rapidez a mi despacho, preparé la pócima y la bebí una vez más, sufrí de nuevo los estertores de la disolución y otra vez volví a ser yo con el carácter, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Aquella noche llegué a la fatal encrucijada. Si hubiera encarado mi descubrimiento con un espíritu

más noble, si hubiera corrido el riesgo del experimento mientras gravitase sobre mí el imperio de aspiraciones generosas o piadosas, todo hubiera sido de otra manera, y de esas agonías de muerte y de nacimiento yo hubiera producido un ángel en vez de un demonio. La droga no tenía acción discriminatoria; no era ni diabólica ni divina; se limitó a derribar las puertas de la cárcel de mi constitución; y al igual que los cautivos de Filipos¹, lo que estaba dentro salió fuera. Por aquel tiempo mi virtud estaba dormida; lo que hay de mal en mí, mantenido despierto por la ambición, estaba alerta para hacerse rápidamente con la ocasión; y lo que fue proyectado al exterior fue Edward Hyde. Así que, aunque tenía dos caracteres y dos aspectos, uno era totalmente malo y el otro seguía siendo el viejo Henry Jekyll, ese incongruente compuesto de cuya reforma y mejora había aprendido ya a desesperar. El movimiento estaba, por tanto, inclinado hacia lo peor.

Ni siquiera por entonces había logrado vencer mi aversión a la aridez de una vida de estudio. En ocasiones me sentía dispuesto para la alegría, y como mis placeres eran (por lo menos) indignos, y yo no sólo era bien conocido y altamente considerado, sino que me acercaba progresivamente a la vejez, esta incoherencia de mi vida se iba haciendo más insoportable. Por este lado fue por donde me tentó mi nuevo poder hasta esclavizarme. Me bastaba con

¹ Ciudad griega en Salónica.

beber la copa para desprenderme del cuerpo del conocido profesor y ponerme, como una gruesa capa, el de Edward Hyde. La idea me hacía sonreír; por entonces aquello se me antojaba divertido, e hice mis preparativos con mucho cuidado.

Alquilé y amueblé la casa en el Soho, hasta la que llegaría la policía siguiendo el rastro de Hyde; y contraté como ama de llaves a una mujer que sabía que iba a guardar silencio y carecía de escrúpulos. Por otra parte, comuniqué a mis sirvientes que un tal Mr. Hyde (a quien describí) iba a tener plena libertad y poder en mi casa de la plaza, y para evitar cualquier error, me presenté allí para que se familiarizaran con mi segundo aspecto. A continuación redacté aquel testamento al que tantos reparos puso usted, con el objeto de que si algo me ocurría en la personalidad del Dr. Jekyll, pudiera adoptar la de Edward Hyde sin pérdida pecuniaria. Protegido así, según creía, por todos los lados, comencé a disfrutar de las extrañas inmunidades de mi posición.

Antes, los hombres alquilaban matones para ejecutar sus crímenes, mientras quedaban a salvo ellos y su reputación. Yo fui el primero en hacer eso para gozar de sus placeres. Fui el primero que pudo presumir ante el público de un aspecto de amable respetabilidad, y despojarme al momento, como un colegial, de esas prendas prestadas y zambullirse en el mar de la libertad. Envuelto en mi impenetrable manto, la seguridad era completa. Dese cuenta. ¡Ni siquiera existía! Me bastaba con huir hasta la puerta

de mi laboratorio, contar con un par de segundos para mezclar y beber el preparado que siempre tenía dispuesto, y Edward Hyde, sin importar los actos que hubiera cometido, desaparecía como la huella del aliento sobre un espejo; y en su lugar, tranquilamente en casa, avivando la lámpara de su estudio, estaría Henry Jekyll, un hombre que podía reírse de toda sospecha.

Como ya he dicho, los placeres que me apresuré a buscar bajo mi disfraz eran indignos; no quisiera utilizar un término más duro. Pero, en manos de Edward Hyde, pronto se inclinaron hacia lo monstruoso. Cuando volvía de aquellas excursiones, muchas veces quedaba sumido en una especie de fascinación ante mi depravación. Este familiar que yo extraía de mi propia alma, dejándolo en libertad para que hiciera lo que se le antojara, era un ser inherentemente malvado y ruin; todos sus actos y pensamientos giraban en torno a sí mismo; con avidez bestial, bebía el placer infligiendo a otros cualquier clase de tortura; era implacable como un hombre de piedra. Henry Jekyll quedaba en ocasiones horrorizado ante las acciones de Edward Hyde; pero la situación estaba fuera de las leyes corrientes, y relajó insidiosamente el control de la conciencia. En definitiva, era Hyde, y sólo Hyde, el culpable. Jekyll no se volvió peor: se despertaba con sus buenas cualidades al parecer intactas; incluso se apresuraba, cuando era posible, a deshacer el mal infligido por Hyde. Y así seguía dormida su conciencia.

No pretendo entrar en los detalles de la infamia de la que fui cómplice (porque ni siquiera ahora puedo reconocer que la cometiera yo). Me limitaré a destacar las advertencias y los pasos sucesivos al castigo al que me iba aproximando. Me tropecé con un accidente que, aunque no tuvo consecuencias, debo mencionar. Un acto de crueldad con una niña despertó contra mí la cólera de un transeúnte, al que reconocí el otro día como tu pariente; el médico y la familia de la niña se le unieron; hubo momentos en que temí por mi vida; al final, para calmar su justo resentimiento, Edward Hyde tuvo que traerlos a la puerta y pagarles con un cheque firmado por Henry Jekyll. Pero este peligro fue eliminado con facilidad abriendo una cuenta en otro banco a nombre del propio Edward Hyde; y cuando, inclinando hacia atrás mi letra, hube proporcionado a mi doble una firma, creí estar a salvo de los caprichos del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers había salido a una de mis aventuras, de la que regresé a altas horas de la noche, y al día siguiente desperté en la cama con sensaciones muy extrañas. Miré en balde a mi alrededor; en balde contemplé el lujoso mobiliario y las amplias proporciones de mi dormitorio de la casa de la plaza: en balde reconocí el dibujo de las cortinas de la cama y el diseño del dosel de caoba; seguía diciéndome que yo no estaba donde estaba, que no me había despertado donde parecía estar, sino en la angosta habitación del Soho

donde acostumbraba a dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreí para mis adentros y, dejándome llevar por mis normas psicológicas, empecé perezosamente a analizar los elementos de aquella ilusión, y mientras lo hacía, volvía a caer de vez en cuando en una agradable somnolencia matinal. En esta tarea estaba cuando, en uno de mis momentos de mayor claridad mental, mis ojos se posaron en mi mano. Las manos de Henry Jekyll (como habrá observado con frecuencia) eran por su figura y tamaño las de un profesional: amplias, firmes, blancas y proporcionadas. Pero las que ahora veía con toda claridad, a la luz amarilla de una media mañana londinense, descansando a medio cerrar sobre las ropas de la cama, eran flacas, sarmentosas, nudosas, de fea palidez y densamente sombreadas por abundante vello. Eran las manos de Edward Hyde.

Debí de quedarme mirándolas fijamente durante casi medio minuto, sumido como estaba en el estupor de mi asombro, antes de que el terror se despertara en mi pecho de manera tan súbita e inquietante como el estrépito de unos címbalos; y saltando de la cama, corrí al espejo. Ante la imagen que vieron mis ojos, se me heló la sangre en las venas. Sí, me había ido a la cama como Henry Jekyll, y me había despertado como Edward Hyde. ¿Qué explicación tenía aquello?, me pregunté. Después, con otro terrorífico sobresalto: ¿cómo remediarlo? Era bien entrada la mañana; los criados estaban levantados; todas mis drogas se hallaban en el gabinete; desde

el lugar donde estaba, paralizado por el horror, había que recorrer un largo camino: bajar dos tramos de escalera, salir por la puerta de atrás, cruzar el patio abierto y atravesar la sala de anatomía. Claro que podía cubrirme mi rostro, pero ¿de qué serviría eso si no podía disimular la disminución de mi estatura? Y entonces recordé, con un sentimiento de abrumador alivio, que los criados estaban acostumbrados a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí de prisa y lo mejor que pude con ropa adecuada a mi tamaño; atravesé la casa, donde Bradshaw se quedó boquiabierto, retrocediendo unos pasos al ver a aquella hora a Mr. Hyde y con tan singular indumentaria; diez minutos más tarde, el Dr. Jekyll había recobrado su propia figura y, con ceñudo talante, se sentaba para simular que tomaba el desayuno.

Escaso era mi apetito. Aquel inexplicable incidente, aquella inversión de mi anterior experiencia, parecía, como el babilónico dedo en la pared, deletrear la sentencia de mi condena; y empecé a reflexionar más seriamente que nunca acerca de las perspectivas y posibilidades de mi doble existencia. Aquella parte de mí que yo tenía el poder de proyectar había recibido en los últimos tiempos mucha alimentación y ejercicio; me parecía como si el cuerpo de Edward Hyde hubiese crecido en estatura, como si yo fuese consciente (mientras tenía esa forma) de un caudal de sangre más generoso; y comencé a presagiar el peligro de que, si aquello se prolongaba más, podría

destruirse de manera permanente el equilibrio de mi naturaleza, perderse la facultad de transformación bajo la personalidad de Edward Hyde. El poder de la droga no había sido siempre igualmente eficaz. Una vez, en los comienzos de mi carrera, me había fallado completamente; desde entonces, me vi obligado en más de una ocasión a doblar la dosis y en otra, corriendo un infinito peligro de muerte, a triplicarla; y estas raras incertidumbres habían constituido la única sombra de mi felicidad. Ahora, sin embargo, y a la luz del accidente de aquella mañana, me percaté de que, si bien al comienzo la dificultad había consistido en hacer desaparecer el cuerpo de Jekyll, al final, de un modo gradual pero decidido, esa dificultad se estaba transfiriendo al lado contrario. Todas las cosas parecían señalar que estaba perdiendo lentamente el control de mi yo original, el mejor, y que me estaba incorporando lentamente al segundo y peor yo.

Comprendí que tenía que elegir entre uno y otro. Mis dos naturalezas tenían la memoria en común, pero todas las demás facultades estaban desigualmente repartidas entre ambas. Jekyll (que era un compuesto), ahora con la más sensible aprensión, ahora con voraz gozo, proyectaba y compartía los placeres y aventuras de Hyde; pero a Hyde le era indiferente Jekyll, o sólo se acordaba de él como el bandido de la montaña recuerda la cueva en que se oculta de quienes lo persiguen. El interés de Jekyll era más paternal; la indiferencia de Hyde era más parecida a la de un hijo. Unir mi suerte a la de Jekyll

suponía renunciar a aquellos apetitos a los que hacía mucho tiempo me entregaba en secreto y que había empezado a mimar. Unirla a la de Hyde era renunciar a numerosos intereses y aspiraciones y convertirme, de una vez y para siempre, en un sujeto despreciado y sin amigos. El balance parecía poco equilibrado; pero todavía había que tener en cuenta otra consideración; pues mientras Jekyll sufriría en el fuego de la abstinencia, Hyde ni siquiera se daría cuenta de todo lo que había perdido. Por singulares que fuesen las circunstancias, los términos de este debate eran tan antiguos y comunes como el hombre; los mismos incentivos y alarmas deciden la suerte de cualquier pecador que se enfrenta tembloroso a la tentación; y me ocurrió lo mismo que les ocurre a la gran mayoría de mis semejantes: que elegí la mejor parte, pero me faltó la fuerza para mantener mi decisión.

Sí, preferí al anciano y contrariado doctor, rodeado de amigos y acariciando honestas esperanzas; y di un rotundo adiós a la libertad, a la relativa juventud, a la vivacidad de movimientos, al pulso firme y a los secretos placeres de los que había gozado bajo el disfraz de Hyde. Tomé esa decisión tal vez con reserva inconsciente, porque ni abandoné la casa del Soho ni me deshice de las ropas de Edward Hyde, que aún siguen en mi gabinete. Durante dos meses, sin embargo, permanecí fiel a mi determinación; durante dos meses llevé una vida más mesurada que nunca y disfruté de las compensaciones de

una conciencia colmada. Pero el tiempo comenzó a evaporar la viveza de mis alarmas; los halagos de mi conciencia se volvieron rutina; empecé a sentir la tortura de anhelos y congojas, como si Hyde estuviese luchando por la libertad; y por fin, en un momento de debilidad moral, volví a componer y a beber la transformadora droga.

Imagino que cuando un borracho razona consigo mismo sobre su vicio, sólo una de cada quinientas veces se siente afectado por los peligros que le hace correr su embrutecida insensibilidad física; tampoco yo, a pesar de que reflexioné sobre mi situación, tuve en cuenta la total insensibilidad moral y la insensata propensión al mal que eran los rasgos característicos dominantes de Edward Hyde. Sin embargo, a ellos debo mi castigo. Mi demonio llevaba tiempo enjaulado y salió rugiendo. Fui consciente, aun en el instante mismo de tomar el brebaje, de una propensión al mal más desenfrenada y furiosa. Imagino que esto debió de ser lo que desencadenó en mi alma aquella tempestuosa impaciencia con que escuché las amables palabras de mi infeliz víctima; declaro al menos ante Dios que ningún hombre moralmente sano podría haberse declarado culpable de aquel crimen por tan insignificante provocación; y declaro que golpeé a mi víctima con el mismo empecinamiento con que un niño enfermo pudiera romper su juguete. Pero me había despojado voluntariamente de todos esos instintos equilibradores gracias a los cuales hasta el peor de nosotros continúa

su camino con cierto grado de firmeza entre las tentaciones; y en mi caso, una tentación, por ligera que fuese, suponía una caída.

El espíritu del infierno se despertó en mí al momento y se encolerizó. Con un arrebató de alborozo golpeé aquel cuerpo, saboreando con deleite cada golpe; sólo cuando, en el momento culminante de mi delirio, empecé a notar cansancio, me sobrecoigió de pronto un frío estremecimiento de terror en el corazón. Fue como si se dispersara la bruma; me percaté de que mi vida estaba perdida; y huí de la escena de aquellos excesos, eufórico y tembloroso a un mismo tiempo, con mi afición al mal satisfecha y estimulada, con mi amor a la vida en su punto más alto. Corrí a la casa del Soho y (para redoblar la seguridad) destruí mis papeles; después salí a la calle, alumbrada por las farolas de gas, con el alma dividida por un doble éxtasis: saboreando mi crimen, planeando de forma atolondrada otros, y sin embargo acelerando el paso y al acecho de los del vengador. Hyde entonó una canción mientras mezclaba la droga, y al ingerirla brindó por el difunto. Todavía no se habían disipado las angustias de la transformación, cuando Henry Jekyll ya estaba prostrado de rodillas, con un mar de lágrimas de gratitud y remordimiento, alzando a Dios sus manos entrelazadas.

Se rasgó de arriba abajo el velo de la autocompasión, y contemplé mi vida como un todo: la seguí desde los días de la niñez, cuando caminaba de la

mano de mi padre, a través de los abnegados esfuerzos de mi vida profesional, hasta llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los malditos horrores de aquella noche. Estuve a punto de chillar; traté de aplacar con lágrimas y plegarias la multitud de horribles imágenes y sonidos con que me acosaba mi memoria; y entre mis peticiones, seguía clavando sus ojos en mi alma el horrible rostro de mi iniquidad. Cuando la agudeza de ese remordimiento empezó a apagarse, vino a reemplazarlo un sentimiento de alegría. El problema de mi conducta estaba resuelto. A partir de entonces Hyde era imposible; lo quisiera o no, estaba ahora confinado a la mejor parte de mi existencia. ¡Ah, cómo me regocijé al pensarlo! ¡Con qué voluntaria humildad volví a abrazar las restricciones de la vida natural! ¡Con qué sincera renuncia cerré la llave de la puerta por la que había entrado y salido con tanta frecuencia, y pisoteé la llave hasta romperla!

Al día siguiente circuló la noticia de que había habido un testigo del asesinato, que la culpabilidad de Hyde era indiscutible para todo el mundo, y que la víctima era un hombre que gozaba de gran estimación pública. No sólo era un crimen, sino de una trágica locura. Creo que me alegré de saberlo; creo que me alegré de que mis mejores impulsos se vieran reforzados y protegidos por el terror a la horca. Jekyll era ahora mi ciudad de refugio; si Hyde asomara la cabeza por un instante, todo el mundo alzaría sus manos para apresararlo y matarlo.

Decidí redimir el pasado con mi conducta futura; y puedo decir con honradez que mi resolución tuvo algunos frutos. Ya sabe con qué anhelo me esforcé en los últimos meses del año pasado para aliviar el sufrimiento ajeno; ya sabe que hice mucho por mis semejantes, y los días que pasé tranquilamente, incluso feliz. Tampoco puedo decir que me produjera hastío aquella vida benéfica e inocente; creo, por el contrario, que disfrutaba cada vez más de ella; pero aún seguía maldito por mi dualidad de propósitos; y cuando se embotó el primer filo de mi arrepentimiento, la parte más baja de mí, a la que tanto tiempo había mimado, tan recientemente encadenada, empezó a gruñir pidiendo libertad. No es que yo soñara con resucitar a Hyde; esa simple idea me sobresaltaba hasta la locura; no, fue en mi propia persona donde una vez más sentí la tentación de jugar con mi conciencia; y fue como un ordinario y secreto pecador, que cae finalmente ante los ataques de la tentación.

Pero todo tiene un límite; la medida con más capacidad termina por llenarse; y esta breve condescendencia con lo que hay de mal en mí destruyó finalmente el equilibrio de mi alma. Sin embargo, no me sentí alarmado; la caída parecía natural, como una vuelta a los días antiguos anteriores a mi descubrimiento. Fue un claro y hermoso día de enero, con el suelo mojado por la escarcha fundida, pero sin una nube en el cielo; el Regent's Park estaba lleno de gorjeos de invierno y dulces aromas prima-

verales. Me senté en un banco al sol; el animal oculto en mí lamía las heridas sangrantes del recuerdo; el lado espiritual estaba levemente amodorrado, prometía hacer penitencia, pero sin decidirse a empezar. Después de todo, pensaba yo, soy igual que mis semejantes; y entonces sonreí al compararme con los demás hombres, al comparar mi bondad activa con la apática crueldad de su despreocupación. Y en el instante mismo en que me cruzaba por mi cerebro este pensamiento de vanagloria sufrí una sacudida, una horrible náusea y el más mortal de los escalofríos. Pasaron, y me dejaron desvanecido; entonces, cuando empezó a disminuir esta debilidad, me di cuenta de un cambio en la índole de mis pensamientos, una mayor audacia, un desprecio del peligro y de que se deshacían los lazos de la obligación. Bajé la vista; mis ropas colgaban informes de mis encogidos miembros; la mano que se apoyaba en mi rodilla era sarmentosa y velluda. Había vuelto a ser Edward Hyde. Un momento antes tenía garantizado el respeto de todos, era rico y apreciado, con la mesa puesta en el comedor; ahora era la presa del género humano, acorralado, un asesino conocido, carne de horca.

Mi razón osciló, pero no me abandonó del todo. Más de una vez he observado que, en mi segunda personalidad, mis facultades parecían más aguzadas y mi ánimo se volvía más tenso y elástico; así, donde Jekyll tal vez hubiera sucumbido, Hyde supo estar a la altura de las circunstancias. Mis drogas

estaban en uno de los armarios de mi gabinete: ¿cómo llegar hasta ellas? Éste era el problema que (oprimiéndome las manos contra mis sienes) tenía que resolver. Había cerrado la puerta del laboratorio. Si trataba de entrar en casa, mis propios sirvientes me enviarían a la horca. Comprendí que tenía que utilizar a alguien, y pensé en Lanyon. ¿Cómo llegar hasta él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que lograra evitar que me capturasen por la calle, ¿cómo llegar hasta su presencia? ¿Y cómo podía yo, un desconocido y desagradable visitante, convencer al célebre médico para que irrumpiera en el estudio de su colega, el Dr. Jekyll? Entonces recordé que aún conservaba un detalle de mi personalidad original: podía redactar una carta manuscrita; una vez que surgió en mi mente aquella consoladora chispa, el camino que debía seguir quedó iluminado de un extremo a otro.

Así pues, arreglé mis ropas lo mejor que pude, llamé a un coche que pasaba y me dirigí a un hotel de la calle Portland cuyo nombre recordé casualmente. El cochero no pudo disimular su regocijo ante mi aspecto (que era bastante cómico, aunque aquella indumentaria cubriera un trágico destino). Rechiné los dientes al tiempo que le dirigía una mirada de furia diabólica, y la sonrisa se desvaneció de su rostro, felizmente para él, pero también para mí, pues un momento más y lo hubiera tirado del pescante. Al entrar en el hotel miré a mi alrededor con tan ceñudo semblante que tembló el personal

de servicio; sin ni siquiera intercambiar entre ellos una mirada, atendieron obsequiosamente mis órdenes, me condujeron a una habitación y me trajeron lo preciso para escribir. Cuando su vida peligraba, Hyde era una criatura nueva para mí: arrebatado de desordenada furia, alterado hasta el borde del asesinato y deseoso de infligir dolor. Mas la criatura era astuta; dominó su furia con un gran esfuerzo de voluntad; redactó dos importantes cartas, una para Lanyon y otra para Poole; y para tener la seguridad de que las echaban al correo, las envió certificadas.

Después aguardó sentado todo el día junto al fuego de su habitación, mordiéndose las uñas; luego cenó, sentado a solas con sus temores, haciendo temblar al camarero con su mirada; y más tarde, cuando ya era de noche, se arrellanó en un rincón de un coche cerrado y se dejó conducir sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Él, digo; no puedo decir yo. Aquel hijo del infierno no tenía nada de humano; nada sino miedo y odio vivía en su interior. Y cuando por fin, pensando que el cochero había empezado a sospechar, bajó del coche y se aventuró a pie, envuelto en sus desajustadas ropas, centro de todas las miradas en medio de los transeúntes nocturnos, esas dos rudas pasiones ardie-ron en él como una tormenta. Caminó deprisa, asaltado por sus temores, charlando consigo mismo, internándose por las calles menos concurridas, contando los minutos que todavía lo separaban de la medianoche. En un momento concreto le habló

una mujer, para ofrecerle, creo, una caja de cerillas. Le dio una bofetada y ella huyó.

Cuando volví a mi ser en casa de Lanyon, tal vez me dejé afectar por el horror que manifestó mi viejo amigo, no lo sé; en todo caso fue sólo una gota en el mar del aborrecimiento con que yo volvía mi vista hacia aquellas horas. Un cambio se había producido en mí. Ya no era el miedo a la horca, sino el horror de ser Hyde lo que me angustiaba. Oí medio en sueños la condena de Lanyon y medio en sueños volví a casa y me metí en la cama. Tras los agotadores sucesos del día, dormí con un sueño profundo y denso, que ni las pesadillas consiguieron interrumpir. Desperté por la mañana aún conmocionado, débil, pero repuesto. Aún odiaba y temía el pensamiento del bruto que dormía dentro de mí, y por supuesto no había olvidado los horribles peligros del día anterior; pero estaba otra vez en casa, en mi propia casa y cerca de mis drogas; y la gratitud por haber escapado lucía con tanta intensidad en mi alma que casi rivalizaba con el brillo de la esperanza.

Paseaba con tranquilidad por el patio después del desayuno, respirando con placer el frescor del aire, cuando volvieron a asaltarme aquellas indescriptibles sensaciones que presagiaban el cambio; y apenas tuve tiempo de ganar la protección de mi despacho antes de verme arrebatado e insensible por las pasiones de Hyde. En esta ocasión necesité doble dosis para recobrar mi personalidad; pero, ¡ay!, seis horas más tarde, mientras estaba sentado mirando

con tristeza el fuego, regresaron las angustias, y tuve que tomar de nuevo la droga. En definitiva, desde aquel día pareció que sólo con un enorme esfuerzo semejante al de un gimnasta era capaz de conservar mi aspecto de Jekyll. A cualquier hora del día o de la noche me asaltaba el premonitorio escalofrío; sobre todo, si me dormía, o incluso si me amodorraba un momento en mi sillón, despertaba siempre como Hyde. Bajo la tensión de esta amenaza que pendía sobre mí y por el insomnio al que estoy condenado, incluso más allá de lo que pensé que nadie podía traspasar, he llegado a convertirme en una criatura devorada y consumida por la fiebre, lánguidamente debilitada tanto en cuerpo como en mente, y dominada tan sólo por un pensamiento: el horror de mi otro yo. Pero cuando me dormía o la virtud de la droga terminaba, saltaba sin apenas transición (porque las angustias de la transformación eran menos perceptibles cada día) a una fantasía llena de imágenes, un alma que hervía con rencores infundados, y un cuerpo que no parecía disponer de la fuerza necesaria para contener las furiosas energías de la vida. Los poderes de Hyde parecían haber aumentado con el desfallecimiento de Jekyll. Y ciertamente, el odio que ahora los dividía era igual por ambas partes. En Jekyll era una cuestión de instinto vital. Ahora había visto toda la deformidad de esa criatura que compartía con él algunos fenómenos de la conciencia y con el que compartiría la muerte; y por encima de esos víncu-

los, que conformaban la parte más dolorosa de su sufrimiento, pensaba en Hyde, con todas sus vitales energías, como en algo no sólo infernal, sino inorgánico. Esto era lo extraordinario; que el cieno del pantano emitiera gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulara y pecara; que lo que estaba muerto y carecía de forma usurpara las funciones de la vida. Y había que añadir que el naciente horror estaba atado a él más que una esposa, más que un ojo; aquello estaba enjaulado en su carne, donde lo oía sollozar y esforzarse por nacer; y que aprovechaba todo momento de debilidad y la confianza de su sueño para imponerse y desposeerlo de la vida. El odio de Hyde hacia Jekyll era de un orden diferente. Su terror a la horca lo arrastraba a cometer un suicidio temporal, regresando a su lugar subalterno y dejando de ser persona; pero detestaba aquella necesidad, abominaba aquel abatimiento en el que ahora se encontraba sumido Jekyll, y estaba resentido por el desagrado con que era mirado. De ahí las simiescas añagazas que me gastaba, garabateando irreverencias con mi letra en las páginas de mis libros, quemando las cartas y destruyendo el retrato de mi padre; y en verdad, de no haber sido por su miedo a la muerte, hace tiempo que se habría destruido a sí mismo con tal de implicarme a mí en su ruina. Pero es prodigioso su amor a la vida; incluso me atrevería a decir que yo, que me pongo enfermo y me siento helado con sólo pensar en él, siento que lo compadezco de corazón cuando considero lo ab-

yecto y apasionado de su apego a la vida y al percartarme del pánico que le infunde el poder que tengo de cortársela por el suicidio.

Es inútil, puesto que el tiempo apremia, prolongar esta descripción; baste decir que nadie ha sufrido nunca tales tormentos; sin embargo, la costumbre ha traído, si no un alivio, desde luego cierta insensibilidad del alma, una cierta aquiescencia a la desesperación; y mi castigo podría haber durado años, de no ser por la última calamidad que acaba de sucederme y que me ha separado de manera definitiva de mi propio rostro y naturaleza. Mi provisión de sales, que nunca había repuesto desde el primer día del experimento, comenzó a agotarse. Envié en busca de un nuevo suministro, y compuse la droga; se produjo la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo; la bebí, pero no tuvo efecto. Sabrá por Poole cómo rebusqué por todo Londres; fue en balde; y ahora estoy persuadido de que mi primer suministro era impuro, y que fue esa desconocida impureza la que dio eficacia a la droga.

Ha transcurrido una semana y estoy acabando esta declaración bajo la influencia de la última dosis de la primera sal. Éste es, pues, si no tiene lugar un milagro, el último momento en que Henry Jekyll puede pensar sus pensamientos o ver su propio rostro (¡qué tristemente desfigurado!) en el espejo. No debo demorar mucho la conclusión de mi escrito, porque si mi relato ha escapado hasta ahora a la destrucción, ha sido por una combinación de enor-

me prudencia y mucha suerte. Si la agonía del cambio se produce en el acto mismo de escribirlo, Hyde lo haría trizas; pero si pasa un tiempo después de terminarlo, su asombroso egoísmo y su obstinación del momento probablemente lo salve una vez más de la acción de su simiesco rencor. Y en verdad, la fatalidad que se cierne sobre nosotros ya lo ha cambiado y abatido. Sé que dentro de media hora, cuando de nuevo y para siempre me reintegre a su odiada personalidad, estaré sentado en este sillón, tembloroso y llorando, o continuaré deambulando de una pared a otra de esta estancia (mi último refugio terrenal), en un arrebatado de tensión y pavor, mientras presto oídos al más leve ruido amenazador. ¿Morirá Hyde en la horca o llegará a tener, en el último momento, el valor de liberarse de sí mismo? Dios lo sabe; a mí me trae sin cuidado; ésta es la verdadera hora de mi muerte, y lo que venga a continuación le concierne a otro que no soy yo. Por eso, mientras dejo la pluma y procedo a sellar mi confesión, pongo también fin a la vida del desdichado Henry Jekyll.

Índice

Prólogo 7

- 1** Historia de la puerta 27
- 2** En busca de Mr. Hyde 37
- 3** El Dr. Jekyll estaba muy tranquilo 51
- 4** El caso del asesinato de Carew 55
- 5** El incidente de la carta 63
- 6** El notable incidente del Dr. Lanyon 73
- 7** El incidente de la ventana 79
- 8** La última noche 83
- 9** El relato del Dr. Lanyon 103
- 10** Informe completo sobre el caso
de Henry Jekyll 115

Robert Louis Stevenson

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde



En *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* —una obra escrita en la cama, entre hemorragias pulmonares—, Robert Louis Stevenson retomó la cuestión de la ambigüedad moral porque siempre se había sentido atraído por los problemas éticos. De ahí que se valiera de la libertad narrativa que le permitían sus fantásticos relatos para expresar los problemas y conflictos concernientes a la dualidad de la naturaleza humana. Y el «mal» era algo que le fascinaba especialmente.

El novelista, ensayista y poeta Robert Louis Stevenson (1850-1894) escribió deliciosas historias, algunas de las cuales han sido consideradas injustamente como juveniles. Descubrir a Stevenson, por el contrario, es una de las «perdurables felicidades que puede deparar la literatura» (Jorge Luis Borges), tal vez porque «es el rey de los narradores contemporáneos» (Fernando Savater).



ISBN: 978-84-9940-240-6

